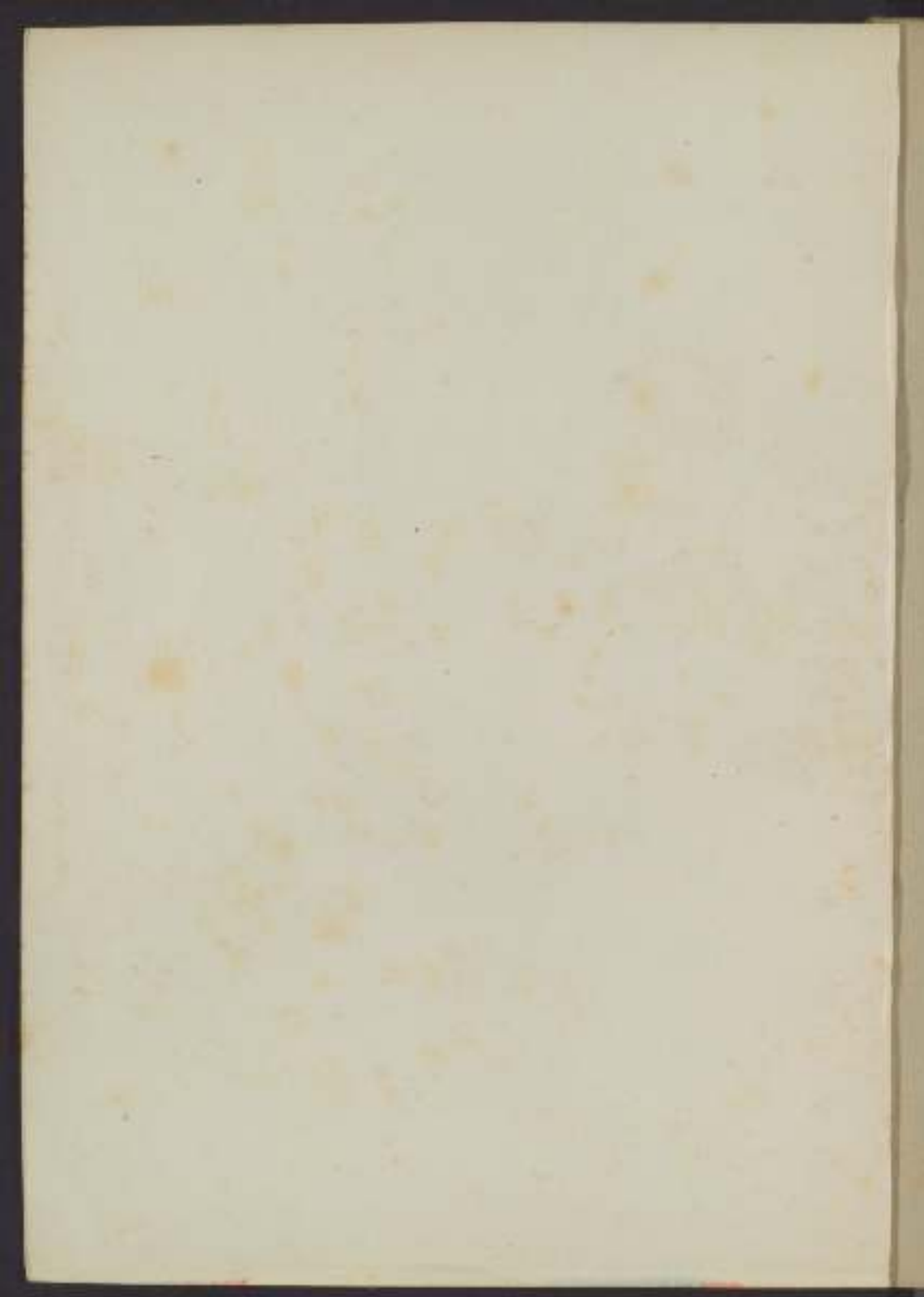




Jack el DESTRIPIADOR

Merle
OBERON
George
SANDERS
Laird
CREGAR





JACK, EL DESTRIPIADOR

STATE OF VERMONT

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

JACK, EL DESTRIPIADOR

Emocionante asunto policíaco

Dirigido por

JOHN BRAHM

Productor

ROBERT BAISSLER

Es un film



LA MARCA DE LOS MÓVILES THOMPSON

PRINCIPALES INTERPRETES

**Merle Oberon
Laird Cregar**

**George Sanders
Sir Cedric Hardwicke**

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

**Argumento narrado por
Ediciones Bistagne**



Vda. J. Ferrer Coll - Valencia, 197 - Barcelona

JACK, EL DESTRIPIADOR

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

EL INQUILINO

En una gris y húmeda pared del barrio de Whitechapel, en Londres, la débil luz de los faroles, amortiguada por la espesa neblina, iluminaba un aviso pegado en ella por la policía. La niebla y la lluvia habían reblandecido el papel, transformándolo en una masa grumosa apenas inteligible, a pesar de estar resguardado por los aleros de los tejados.

El lazarrillo de un ciego leía a éste el tenor del bando con voz que en vano intentaba hacer monótona para ocultar su sobresalto:

«Se ha cometido un asesinato en el distrito. La policía no lo descubre. Ofrecemos una recompensa importante

a la persona que pueda dar detalles o alguna información que ponga al criminal o criminales en manos de la Justicia».

El lector exhaló un gruñido de despecho, porque la policía no gozaba de muchas simpatías en el barrio, cogió al ciego del brazo y echó a andar. Poco después pasaban dos guardias de uniforme, que se cobijaban en la puerta de una casa.

Whitechapel estaba casi enteramente ocupado por la policía. En cada esquina había una pareja de policemen; otros recorrían las calles, evitando los grandes charcos de agua que habían sustituido a los coches. Apos-

tado en una callejuela, que desembocaba a una reducida plaza, había un pelotón de policías a caballo.

Un grupo de personas harapientas salió de una oscuridad que ostentaba el rótulo de «Bar Particular». Era inabundante que se divertían de lo lindo y varios aburridos policías los contemplaron con curiosidad. Los desgraciados sujetos, entre los que había varias mujeres, habían bebido más de la cuenta y no parecían dispuestos a irse a dormir.

—Ea una lástima terminar la fiesta —dijo una muchacha.

—¿Por qué no cantas algo? Canta «tina otra vez... ¿Lista?

La pelotilla iba dirigida a una joven situada en el centro del corro. Se tambaleaba y anarbolaba una botella. Con buena disposición de ánimo, accedió a la súplica y cantó una desgarrada canción, que sus amigos jalearon y bailaron. Concluido el canto, se separó del grupo y se detuvo en el centro de la plaza al decir uno de sus compañeros:

—Cuidado con Jack, el Destripador.

—No permitas que te coja —aconsejó otro.

—No me ocurrirá nada. Hay mucha policía por el barrio —afirmó.

Sin dejar de tambalearse entró en una calleja, salvando los charcos. La botella, a medio llenar, era sacudida por su mano, mientras el sonajete de

la canción interpretada frente al bar resonaba en sus labias. Un oficial de policía le cortó el paso, preguntando cortésmente:

—¿Tiene usted que ir muy lejos?

—A la vuelta de la esquina —replicó la mujer.

—Está bien. Buenas noches.

La calle hacía una curva. En el umbral de la puerta se apelotonaban varios hombres, con faroles y linternas, muy embozados en sus raídos abrigos.

—Buenas noches, Katy —saludaron a la mujer.

—Buenas noches a todos —contestó Katy.

La curva se cerraba por completo y concluía en una bifurcación de la calle. Katy atravesó el mal adoquinado piso y se encaminó hacia el muro fronterizo, con el paso dificultoso del que ha bebido mucho. Rozó una verja y una columna de ladrillos la ocultó.

Salió una mano enguantada de negro...

Segundos más tarde, un chillido agudísimo conmocionó al barrio. Sonó el silbato de la policía. Los vigilantes y los guardias corrieron al lugar de donde había brotado. La gente abría las ventanas y se precipitaba a la calle, corriendo despavorida...

Del cuerpo de Kitty, oculto por la columna de ladrillo, únicamente se veía un brazo. La botella, caída al suelo, derramaba su contenido, que se mez-

claba a un líquido rojo, a la vista del cual todos se estremecieron, en tanto que la policía investigaba a la nueva víctima del Destripador.

Los curiosos, asustados e impacientes, se habían subido a la verja y se esforzaban por ver algo, cambiando comentarios.

—Ha sido el Destripador, desde luego. Ha hecho con ella lo mismo que con las otras.

—Acaban de encontrarla. ¿No es horrible lo que está pasando?

—No hace una semana todavía que mató a otra.

De la niebla se destacó una persona, corriendo hacia el sitio del crimen. Era una mujer arropada en un deshilachado mantón. Sus ojos se desorbitaron al tropezar con el cadáver de Katy. Excitadísima comunicó al oficial de la policía:

—¡Le he visto! ¡Le he visto! ¡He visto al Destripador! ¡Corría por la otra calle! ¡No puede ser otro!

—Bueno, ¿le ha visto la cara? — preguntó el oficial.

—No, en esta oscuridad... Era como una sombra. El cuarto asesinato que comete. En plena calle y en nuestras propias narices.

La noticia del asesinato de Katy y de la silueta atisbada por la mujer, promovió la publicación de un extraordinario de los periódicos. Los vendedores de la prensa se esparcieron

por toda la ciudad como una bandada de atareados gorriones. Los londinenses les arrebatában materialmente los periódicos de las manos.

En Montague Street, un caballero salió de una lujosa casa y compró un diario. Era un hombrecillo delgado, atildadamente vestido, con galas y una barba cerrada. Se llamaba Robert Burton.

Mientras leía con avidez los detalles del asesinato en la escalinata de su domicilio, un hombre corpulento y altísimo miraba el letrero de la calle Stade, cercana a Montague Street.

—Asombroso. Otro crimen en el mismo distrito, cometido en la misma forma, cortando el cuello por la espalda. ¡Extraordinario!

Quien esto exclamaba era Robert, tras de echar una ojeada a los titulares del periódico. Dió media vuelta para meterse en su casa, cuando el caballero que había contemplado el letrero de la calle Stade, le abordó y le tendió una tarjeta, diciendo:

—¿Tienen habitaciones para alquilar? He leído su anuncio y me han dado en la agencia esta nota para poder verlas.

Robert estudió al recién llegado con impaciencia. Era un hombrecillo cercano a los dos metros, corpulentísimo. Su cara, medio oculta por el embozo de la capa y el amplio sombrero, era de facciones regulares y pesadas: po-

señal unos ojos extraordinarios, grandes y hijos, y un bigote lacio.

—Bueno, ¿quiere usted pasar? —gritó Robert— No tenemos costumbre de alquilar habitaciones, ¿sabe usted? No, no, únicamente de momento podemos acomodar a un huésped. Llamaré a mi mujer. ¡Elena!

Habían entrado en la casa, de cuyo vestíbulo largo y estrecho arrancaba una escalera que describía un semicírculo. La morada de Robert era bastante lujosa y cómoda. Su propietario golpeó el suelo con el pie hasta que apareció su esposa Elena, una mujer guapetona y redonda, de muy buen aspecto, a pesar de sus años.

—¿Qué quiere?

—Este caballero ha venido por el anuncio que pusiste — explicó Robert y entró en el salón, en donde se sentó junto al hogar.

Elena y el inquilino se miraron unos momentos, haciendo una inclinación. A Elena le agradó su aspecto e indicó la escalera.

—Las habitaciones están arriba, señor...

—Me llamo Slade—respondió el inquilino con gravedad.

—¿Slade? ¿Qué curioso! Tenemos una plaza aquí cerca que se llama Slade.

Elena cogió una candela y la encendió en el gas de una lámpara; luego,

pisó el primer peldaño de la escalera, invitándole:

—Si quiere usted subir conmigo...

El primer piso era una réplica exacta de la planta baja; a él daban las puertas de varias habitaciones. Elena acercó la candela a un mechero de gas y a continuación abrió una puerta; encendió un quinqué y rogó al inquilino que entrase. El inquilino depositó un maletín negro sobre la mesa y sus manos se engarfiaron al advertir los numerosos retratos de mujer que pendían de la pared. Apenas miró el dormitorio, exhibido por Elena, que comentaba:

—Mi tía Sofía ocupaba esta parte de la casa antes de morir. Seguramente estará muy... — se paró al descubrir una rara mueca de Slade, pero se repuso y añadió—: Seguramente estará muy cómodo en ella. Este es el dormitorio.

—¿Son las únicas habitaciones que tiene?—inquirió Slade.

—No hay más, señor. Nos queda tan sólo el desván.

—¿El desván? ¿Podría enseñármelo?

—Verá, es que no está bien amueblado, pero si lo desea... — y exclamó, al ver que Slade miraba las fotografías—: Son actrices de otros tiempos. Están graciosas, ¿verdad?

Slade, sin dar una contestación, le siguió, subiendo por una escalera en-

plazada delante del dormitorio, correspondiente al desván. La cara del inquilino resplandeció de satisfacción, a pesar de que el ático estaba someramente amueblado; lo recorrió en varias direcciones y afirmó:

—Excelente, esto es excelente. Lo que yo necesito. Verá usted, soy patólogo. Sólo vivo para la ciencia. Quería encontrar un sitio donde poder estudiar y hacer unos trabajos experimentales. ¡Ah! Alguiso las otras habitaciones también, claro. Viviré en ellas y trabajaré aquí. ¿No tendrá inconveniente?

—¿Por qué?—exclamó Elena.

El inquilino no la escuchaba. Estaba demasiado excitado para ella. Golpeó el fogoncillo con la mano, con un gesto aprobatorio.

—Esto me será muy práctico, porque a veces necesito calor intenso—se volvió para mirarla y rogó—: ¿No le molestaría que me instalase esta noche? No quisiera volver a salir a la calle. Tengo todo lo necesario.

—Pero... no hemos hablado del precio.

—Será el que usted indique—aceptó Slade.

—Bueno, creo que con manutención y servicio...—titubeó Elena.

—¿Cinco libras semanales?—ofreció Slade.

—¿Cinco?—se admiró Elena, sorprendida de la exorbitante cantidad.

Pero Slade ya no la escuchaba. Estaba tan contento como un chiquillo con zapatos nuevos, aunque únicamente se adivinaba su alegría por el brillo de sus ojos y el timbre más animado de su voz.

—No tiene idea de lo que representa para mí encontrar lo que tanto he buscado. ¡Qué tranquilidad! Además, usted no es una patrona corriente, ¿verdad?—dijo Slade, manteniendo la puerta abierta para que pasara.

La candela tembló algo en la mano de Elena. La simpatía de Slade la había conmovido, porque quería justificar el alquiler de sus habitaciones y al propio tiempo descargar su pecho en alguien tan importante como parecía ser el inquilino.

—Creo conveniente decirle por qué hemos decidido hacer esto. Mi marido tenía una representación de té en Minoing Lane. No hace mucho tiempo equivocó uno de los pedidos y compró un cargamento a precio elevado. Por hacer frente a las pérdidas nos hemos quedado en la ruina.

—¿Por eso han de alquilar habitaciones?

—Contamos con un pequeño ingreso de una propiedad y así podemos seguir cubriendo las apariencias. Pero él daría cualquier cosa por volver a trabajar. En su juventud, mi marido emprendió el negocio sólo con cien libras. Ahora, si yo pudiese reunir nuevamente

esa cantidad y entregarla en sus manos, estoy segura de que volvería a crearse una situación como hace veinte años.

—Es natural. Lo comprendo.

Habían entrado nuevamente en la habitación, acercándose a la mesa del centro. Elena arivó el quinqué y Slade empezó a quitarse los guantes, entretanto ella charlaba:

—No podemos seguir así mucho tiempo. El no soporta esta inactividad. Además, ha tenido una crisis nerviosa. Por eso, si alguna vez le parece algo excéntrico o irritable o está grosero con usted, le suplico que se haga cargo, señor, y le perdone.

—No faltaba más.

—Alguna vez ese odioso Jack el Destripador le ha distraído. Lee sus lechucias y le apartan de sus preocupaciones.

Slade lanzó un suspiro muy semejante a un bufido, contemplando en torno suyo los objetos. Sacó el monedero y fué depositando unas monedas sobre la mesa a medida que decía:

—Esto es como un refugio. Puesto que me voy a instalar esta noche, voy a pagarle un mes por adelantado. Veinte libras.

La generosidad de su inquilino llenó de gratitud el corazón de Elena, que recogió las libras esterlinas con suma delicadeza. Después, levantó la cara hacia Slade, que la observaba de una

manera extraña. Pero el inquilino la hizo desaparecer y explicó:

—Temo que mis costumbres le parezcan extrañas. A menudo regreso bastante tarde a casa. Pero entraré por la puerta trasera, para no molestar a ustedes. Téngame por inquilino, no por huésped. Así casi no sabrán que vivo en la casa.

—Como usted desee. La muchacha le servirá la comida cuando llame.

Slade apretó con fuerza sus mandíbulas y, además que parecía habitual en él, asió sus pupilas hacia el techo con aire de contrariedad.

—¿Tienen muchacha?

—Hoy precisamente ha salido, pero le servirá yo misma. Querrá cenar un poco, supongo.

—Sí, cenaré; gracias.

Estaba distraído desde la mención de la criada. Sus manos rozaron un grueso volumen colocado sobre la mesa. Lo abrió y vió que era una Biblia, conteniendo la fecha de los nacimientos y defunciones de la familia. Comentó a fin de cambiar de conversación:

—¿Qué Biblia tan bonita, muy antigua!

—Era de mi tía Sofia.

—Déjela usted aquí—dijo Slade.

—Si le agrada leerla...

De nuevo la conducta del inquilino rozó el lindero de lo misterioso, pues

que la escribió con seriedad y contestó lentamente:

—Me gustan los problemas de vida o de muerte.

Elena le dejó a solas en su habitación y bajó la escalera, parándose sorprendida en el vestíbulo. La puerta estaba abierta. A través de la abertura llegaban las voces de los vendedores de periódicos, preguntando una segunda edición sobre los crímenes del Destripador. Estaba a punto de cerrarla, con cierta alarma en el fondo de su corazón, pero penetró su esposo con otro periódico.

—¡Ah, eres tú! — suspiró Elena. —No sabía quién había abierto la puerta. ¿Dónde estuviste?

—¡Vaya! ¿Dónde estuviste? — replicó irritada Robert. —He salido un momento. Han tirado otra edición del periódico. Ya lo sabes.

Con mucha brusquedad entró en el salón y se acomodó en una butaca, desplegando el periódico, cuyas líneas devoró en un abrir y cerrar de ojos. Elena se sentó a su lado, experimentando su misma malsana curiosidad. Robert comentó, truncado el silencio:

—El pueblo está realmente alarmado, sobre todo los mujeres. Les corta el cuello con un cuchillo que lleva. ¡Es horrible! Dicen que los periódicos no publican todos los detalles... Y lo que la gente teme más es que no sabe nadie por qué lo hace ni cómo es—dejó

de hablar y preguntó—: A propósito, ¿te has deshecho de ese individuo?

—Se queda con las habitaciones — sonrió Elena.

Robert sacudió la cabeza contrariado y se dispuso a engolfarse en el periódico, cosa que no hizo porque se detuvo para protestar:

—¡Bien! Ya tenemos un extraño en la casa. Se acabó nuestra libertad.

—Nos molestará poco. No notaremos casi que vive en la casa.

—Bueno, si tu deseo es hacer esto... —se resignó.

—Ya lo he hecho, no hay remedio.

—Está bien, Elena — refunfuñó su esposo.

Elena se levantó de su asiento, bastante satisfecha de haber apaciguado a Robert a costa de tan poco precio.

—Ahora voy a subir la cena.

Robert cerró el periódico de golpe e inquirió:

—Pero, ¿tan pronto se ha instalado ese hombre? Oye, ¿tenemos informes?

—¡Pero, Roberto, es un caballero! Creo que es doctor... patólogo. Ha insistido en pagar un mes por adelantado. Además, estoy segura de que la agencia no hubiese enviado a nadie que no fuese...

Robert cortó sus explicaciones con un gesto de irónica resignación.

—Bueno, supongo que tendré que subir a presentarme y a darle la bienvenida, ¿verdad?

—Mañana lo harás, déjalo.

Poco después, Elena volvía a entrar en el salón con una bandeja cargada de platos y cubiertos. Robert, que ya había recapacitado, tendió la rama de olivo a su esposa bajo la forma del periódico, del que se desprendió harto dolorosamente y lo depositó en la bandeja diciendo:

—Oye, si ese señor necesita algo de mí... Ya he leído mi periódico. Es posible que quiera leer las noticias.

El cuidado que Elena puso en no zaxarandear la bandeja al subir las escaleras, fué la causa de que sus pies no hicieran el menor ruido. Muy sonriente, se paró ante la puerta de las habitaciones del inquilino, que éste había dejado abierta. Inmediatamente su sonrisa desapareció y obligó a su voluntad a no exhalar un grito de susto.

¡Porque el inquilino había vuelto de casa a la pared la inmensa mayoría de las fotografías de las artistas! Incluso, en el instante en que Elena, por desgracia suya, se presentó, estaba de pantillas, pugnando por alcanzar uno de los marcos.

—Su cena, caballero. ¿Puedo pasar?

Slade se volvió de golpe, mirándola como una hiena en un acceso de ira. Resoplaba ruidosamente. No era posible que el esfuerzo de girar las fotografías hacía la pared le causara el jaden. Era algo que, reflejado en sus sudorosas pupilas, en su gesto de encarárse

con Elena y en la mueca de su boca, denotaba una pasión intensa, feroz y malsana.

Su enorme cuerpo sufrió una sacudida; después, saltó la fotografía que aguantaba y respirando con dificultad, un tanto avergonzado, se encaminó hacia la dueña de la casa, que depositaba la bandeja sobre la mesa y le interrogaba con la mirada.

Slade, precipitadamente, balbució la siguiente excusa:

—Tienen una particularidad muy rara estas fotografías. No es de esperar que se haya dado cuenta, pero, está en donde esté uno en la habitación, los ojos de esas mujeres parece que le persiguen. Es algo que ataca los nervios.

Como al fin y al cabo la aclaración resultaba plausible y no había por qué alarmarse, Elena achacó su sobresalto a la tensión nerviosa que toda mujer de Londres sufría a aquella hora, gracias a los misteriosos crímenes del Bestripador.

—¡Ah, ya entiendo, caballero! Haré que se las quiten mañana.

Slade, cuyos ojos comenzaban a recobrar su movilidad, replicó a este ofrecimiento con una contestación que, si quería ser una razón de su comportamiento, no lo semejó.

—Son fotografías de artistas.

—Buena, supongo que no le molestarán las artistas, porque en casa tenemos una. Mi sobrina Kitty.

El inquilino dejó de pasearse al oír esto y preguntó:

—¿Actúa en el teatro?

Y Elena le anunció con volubilidad:

—Está procurando hacerse nombre en los music halls de provincias, pero esta semana debuta en el teatro Royal Piccadilly de aquí, con su compañía. Trae un nuevo baile de París. Es muy gracioso... atrevidillo como el can-can.

Slade no hizo ningún comentario, idéntico a una ciclópea estatua de mármol. No parecía escucharla; no obstante, Elena creyó necesario añadir, con el fin de evitar cualquier conjetura errónea sobre la moralidad de su sobrina:

—Claro que Kitty no quiere seguir siempre en ese género. Con el tiempo espere llegar a hacer comedias musicales. Entonces tendrá todos los hombres de Londres a sus pies.

Slade, en lugar de compartir estas risueñas esperanzas o, por lo menos, simpatizar con el parecer de la tía de tan famosa sobrina, continuaba inmó-

vil. Inesperadamente, citó en voz alta unas palabras de la Biblia:

«Cuidado no tropieces con una mujer sin cesación.»

Como la cita parecía tener bastante relación con lo que hablaban, Elena, muy risueña por el puritanismo que demostraba su inquilino, se despidió de él, afirmándole:

—¡Ah! No creo que Kitty sea una mujer así. Ya verá cómo es muy inteligente y bonita. Espere a conocerla y cambiará su opinión sobre las actrices.

En cuanto Slade estuvo solo, se arrojó sobre el periódico puesto en la bandeja y halló la página que buscaba sin titubear, leyendo la información sobre el Destripador con gran ansiedad. Decía:

«¿Se ha visto al Destripador? Comunique al Scotland Yard que...»

Inconscientemente, involuntariamente, su mirada resbaló sobre las interesantes líneas, para clavarse en un anuncio que rezaba:

«Teatro Real de Piccadilly. Kitty Langley y sus chicas, directamente del Almízar de París.»

CAPITULO II

LA PISTA DEL QUINTO ASESINATO

—Ha llegado el coche, señor.

Esa Daisy, la criada de Robert, quien habla anunciado la llegada del vehículo, cerrando la puerta de la calle. Robert, con un sombrero de copa, distraídamente colocado sobre la coronilla, el abrigo al brazo y vestido de frac, metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y de ella una tarjeta.

—Aquí está el pase que te prometí —dijo a Daisy.

Pero la criada hizo un gesto de espanto y rechazó la cartulina con toda la urbanidad posible.

—Si le de serle franca, señor, no me atrevo a volver sola a casa desde el teatro a esas horas —y refrenó:— Si, por ver a miss Kitty. Todos los periódicos dicen que de un momento a otro el Destripador hará de las suyas.

—Nunca ha cometido un crimen en este barrio —objetó, algo molesto, Robert.

—¿Y si de pronto decide cambiar de barrio, señor?

—¡Está bien! —aceptó Robert,

guardándose el pase despreciarlo.

Elena y su sobrina Kitty bajaban las escaleras hacia el vestíbulo. Kitty era aún más bella de lo que había descrito Elena a Slade, porque, aparte de su perfección física, de su matavilino rostro y de sus grandes ojos azules, que contrastaban con su oscuro cabello, era una muchacha llena de vida, inteligente, bondadosa y sensitiva.

—¿Llevas todas las cosas? —le preguntó su tía.

—Ya está todo en el teatro —respondióla Kitty.

—Permiso: si te molesto, no es esa mi intención.

Robert y Daisy lanzaron una mirada de asombro a la bella joven. Los cuatro se agruparon al pie de la escalera. Robert y Elena estaban radiantes, Daisy se contía literalmente con los ojos a su señora, con la intención de grabar cada uno de sus ademanes en su mente.

—Tía, estás muy guapa.

—Tú tampoco estás del todo mal,

hija mía — alabó orgulloso Robert —
¿Estás muy animada?

—Naturalmente. Esta es mi gran noche.

Slade se encaminaba a la planta baja. Al descubrir a las personas situadas al pie del lugar por donde tenía que pasar obligatoriamente, vaciló y quiso ocultar un pequeño maletín negro debajo de su capa. Descubrió a Kitty y la vacilación desapareció. Estaba fascinado. Pero todavía quiso sobrepunarse a su evidente disgusto y retroceder. Era tarde, porque Elena le había descubierto.

—Señor Slade, no conoce todavía a mi hermana Kitty Langley.

—Mucho gusto —dijo Kitty estudiando al asombrado personaje.

El inquilino acabó de bajar. Las tres mujeres le rodearon, mientras se descubría, imposible, huracán. La radiante sonrisa de Kitty le estremeció.

—Esta es la mujer sin corazón —apuntó Elena—. Bueno, debe confesar que es encantadora, ¿verdad?

—¿Usted viene al teatro también? —aludó Kitty a su traje de calle.

—Tengo un pase aquí, si quiere utilizarlo... —dijo Robert.

Entonces habló Slade, con voz ronca, refiriéndose a Kitty en especial. Hacerlo le costaba un gran esfuerzo, sin duda. Era evidente que la interrupción de su camino le contrariaba

tanto como la amabilidad de Robert y de su familia.

—No, no... Lamento no poder ir. Tengo que trabajar. Hoy volveré tarde, muy tarde... Regresaré a casa de madrugada. Ya le advertí que mis costumbres son muy caras.

Elena no dio importancia a esta alusión y dijo:

—Ya ha vuelto de madrugada otras veces.

—Creo haberle oído hace dos noches: Era más de la una, ¿no es eso?

—consultó Kitty, con la autoridad que le prestaban su belleza y su juventud.

El inquilino se inquietó ante aquel brusco asalto a su intimidad, porque Kitty, Elena y Daisy estaban dispuestas a averiguar algo más de su vida. No obstante, con la imperturbabilidad de una roca, soportó el interrogatorio.

—¿Qué hace en la calle a esas horas? —quiso saber Elena amablemente.

—Casi no sale durante el día, ¿verdad, señor? —dijo Daisy.

—Me gustan las calles por la noche, cuando están vacías —explicó lentamente.

—¿No va más que a dar un paseo? —preguntó Kitty.

El inquilino, sin volverse hacia ella, dominándolos merced a su gran naturaleza, reposó:

—Muchas veces. También voy a admirar el Támesis. El río me gusta.

—A mí también, en los días de sol —anunció Kitty.

Slade despreció esta insinuación y prosiguió hablando en su rara forma habitual, que inducía a pensar que más que conversar lo que hacía era sostener una charla consigo mismo:

—Yo lo admiro de otra manera. ¿No se le ha ocurrido acercar la cara al agua y meter las manos en ella hasta verlas desaparecer? La profundidad del agua es oscura y llena de paz.

Se paró del silencio y la extrañeza con que acogían sus sibilinas palabras y añadió atropelladamente, inclinándose ante Kitty:

—Pero no quiero entretenerlos. Espero que su debut sea un éxito.

—Gracias.

La puerta principal estaba a unos metros de distancia. Sin embargo, Slade no avanzó hacia ella, sino que se encaminó hacia la parte trasera de la casa, con el sombrero ya puesto. Notando esta anomalía, Robert se extrañó:

—¿Por qué no sale por la puerta principal?

—Prefiero la puerta de atrás. Siempre salgo por ella —respondió glacial. —Buenas noches.

Naturalmente, los cuatro se quedaron muy pensativos durante unos momentos. Las palabras de Slade resonaban en sus oídos como una campá-

na sinfesta, que anuncia para el futuro acontecimientos fatales.

—Es curioso este tipo... Verdaderamente curioso —murmuró Robert.

El murmullo les sacó de su meditación. Elena recobró su sentido práctico y les empujó hacia la puerta, exclamando, como quien sale de un mal sueño:

—Kitty, Kitty, vas a llegar tarde.

Robert se encará con Daisy, que mantenía abierta la puerta, y dijo:

—Ahora no tienes que hacer cena, Daisy. No hay disculpa para que pierdas la representación.

—Ven a mi camarín al final y volverás en mi coche. ¿Qué te parece? —propuso Kitty, antes de marcharse.

Daisy casi le besó la mano de contento.

—¡Ah, bendita sea, señorita! Me romperé las manos aplaudiéndola.

—Gracias, Daisy.

Tíos y sobrina montaron en el coche tirado por dos caballos. La niebla había invadido las calles, charolándolas y trocando a las personas en vagos espectros silenciosos... El inquilino, como un gran monstruo oscuro, agigantado por la difusa claridad de los faroles, pasó a la acera opuesta y el coche de Kitty casi le rozó, adelantándosele con alegre golpeteo de los cascos de los caballos.

Slade se inmobilizó; su pequeño malletín negro pendía del extremo de su

largo braso. En la ventanilla del coche se destacaba con su irreal hermosura el blanco rostro de Kitty, que inclinó la cabeza en su dirección. El inquilino se descubrió y continuó en aquella posición hasta que hubieron pasado unos minutos.

Elena, que había observado la escena y la mirada con que Slade perseguía el vehículo, dijo a Kitty, que se recostaba contra el respaldo del asiento:

—Has fascinado a ese hombre, Kitty. No puedes apartar sus ojos de ti.

—La encuentro muy interesante, a su manera—contestó la joven.

Robert se agitó inquieto en la banqueta delantera.

—Mira, no acaba de gustarme que esté en casa—masculló—. Es un hombre sombrio y fúnebre. ¿no crees?

—Hay muchas personas que parecen raras a los demás y no lo son — dijo su esposa.

—Da la sensación de estar perdido o algo así—comentó Kitty.

—Lo parece porque está solo, pena—objetó Elena, que, como tenía a una sobrina soltera, sus ideas sobre el celibato masculino no eran muy optimistas.

Cuando Slade resumió la marcha, traspuso varias bocacalles y se detuvo en la parada de un ómnibus hasta que éste llegó. Bajaron varias personas y el cohrador hizo sonar una estridente cam-

panilla, anunciando a los posibles pasajeros que iba a partir el vehículo. Slade subió y entregó unas monedas al cohrador a cambio de un billete.

—Aldgate y Whitechapple. Gracias, señor. Hay mucho sitio libre dentro, señor.

Slade no le oyó o hizo caso omiso de su advertencia. Trepó con dificultad por la sinuosa escalericilla que conducía al imperial y se acomodó en este lugar, pese a que la noche era bastante desapacible. Luego, cruzó sus manos sobre el maletín.

La gran cola de personas ante la taquilla, en torno a las que unos miseros saltimbanquis ejecutaban sus volatines por una limosna, y los numerosos «botones», que penetraban en el teatro Royal por la entrada reservada a los artistas, vaticinaban un gran triunfo para Kitty. La única nota discordante, en medio de la alegría general, eran los pregones de los vendedores de periódicos, animando al público a que leyese la información de las precauciones adoptadas por la policía en Whitechapple.

Charlie, el portero del teatro Royal, soldado veterano, como probaban las medallas prendidas en su pecho, necesitaba toda su pericia, todo su valor y sangre fría para contener y cerrar el paso a varios curiosos, especialmente a una mujer maltratada por los años,

de expresión testaruda y fatigada, que insistía:

—No, escucha un momento, Charlie...

—No permitiré que molestes a miss Langley — repuso el portero, atendiendo a unos artistas.

—¿No he venido siempre que una artista nueva utilice mi antiguo camarín?

—No puedo dejarte entrar.

Kitty y sus tíos aparecieron rodeados de una turba de conocidos y admiradores, que Charlie dispersó en un momento. Los tíos se despidieron de Kitty, interceptando la vista del portero, cosa que aprovechó la mujer antes aludida para escabullirse unos metros más adentro. Elena besó a su sobrina y se disponía a ir a la sala, cuando Charlie dijo:

—Miss Langley, se dice que vendrán personas reales al teatro. Aun no sabemos quién será.

Los tíos volvieron sobre sus pasos al escuchar la gran noticia y Elena exhaló:

—¡Reales!

—¡Ah, eso es magnífico! — gritó Robert.

—Voy a decirles a las muchachas. Hasta luego—se despidió Kitty.

Todos le desearon buena suerte y Kitty asuvo hacia el escenario, pero la mujer, que había estado escondida hasta entonces, le cortó el paso y le

cogió las manos, mientras Kitty la estudiaba sorprendida.

—Perdone, ¿es que no me conoce? Soy Annie Rowley, «la belle Année».

El apodo, contrastando con los restos de antigua grandaza que la mujer llevaba sobre sí y su cara surcada por infinitas arrugas de amargura, desesperación y de vicio, no podía ser más grotesco. Charlie empezó a abandonar su jaula y ordenó:

—Retírate, Annie, no molestas.

Kitty sonrió con simpatía a la mujer, cuya apertura era una súplica, y la cogió del brazo, guiándola hasta el ansiado camarín, mientras apaciguaba a Charlie:

—Déjala, Charlie... Conozco a Annie. Quiere ver su antiguo camarín, ¿verdad? Vámonos.

Sortearon los obstáculos, naturales en un escenario antes de la representación, y siguieron caminando. Las coristas ya estaban ataviadas y corrían de un lugar a otro. Una vez ante la puerta del camarín, Kitty la empujó y dejó entrar a Annie, que temblaba como una azogada.

—Ya lo está viendo, Annie.

El camarín, suavemente iluminado, estaba lleno de cestas y ramos de flores. Un ambiente de bienestar y de serenidad emanaba de él. Annie pasó junto a Kitty, que cerró la entrada, y miró a su alrededor, exclamando:

—Le han enviado muchas flores.

Más que cuando yo debuté, cuando el teatro era nuevo.

Kitty fué hasta el espejo y empezó a maquillarse; Annie la persiguió y el espectáculo del rostro de ambas, uno avejentado y curvado por la tragedia, el otro hermoso y radiante, juntos en el marco de la pulida superficie, no podía ser más dispar. Kitty imaginó que éstos eran los pensamientos de Annie, y se apresuró a decir:

—¿Tavo este camarín mucho tiempo?

—Hasta que fracasé. No he olvidado la noche. Me miré en ese espejo para salir a escena. Y al mirarme me extrañé de poder seguir trabajando. Y una noche acabé.

—El talento no es suficiente, Annie. Es preciso tener suerte, además.

—Fue culpa mía... Estuve silbando antes de salir. Siempre ocurre algo malo cuando se silba en un camarín.

Kitty se volvió hacia la ex artista y le puso las manos en los hombros, agitando negativamente la cabeza.

—¡Ah, Annie!

—Es una antigua superstición — se excusó ésta.

—Quizá tenga razón, Annie; yo no silbaré — le prometió Kitty medio en broma, medio en serio.

Annie Rowley respiró como si se hubiera quitado un gran peso de encima. Con cariñoso ademán, sin sombra de celos, le aseguró:

—Usted tiene suerte y además tiene juventud. La he visto en el Gran Teatro de Wolverhampton hace más de dos meses. Aquí va usted a gustar mucho.

—Eso espero.

Annie contempló un cartel rodeado por una orla de laureles, en el que se veía su silueta y el programa completo del repertorio con que había debutado. Su índice señaló a la silueta.

—Esa soy yo.

Su boca se contrajo con un movimiento de profundo dolor y Kitty intervino para que no se sumiera en sus sombríos recuerdos, cuando la mujer se dispuso a partir.

—¿Asistiré esta noche a la representación, Annie?

—No, se me partiría el corazón viéndola conseguir lo que yo no pude — se franqueó—. Además, un sobrino mío se ha casado esta mañana y le he dicho que volvería a la fiesta.

Muy azorada, abrió el pomo de la puerta, pero Kitty, que había ido al diván sobre el que dejara caer su capa, le tendió la mano... Cuando Annie la miró tenía una moneda en ella; hizo un gesto de protesta, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos.

—No he venido para eso, perdóneme.

—¿No quiere aceptarlo? — dijo Kitty.

—¡Un soberano de oro! ¡Ah, pero...!

No llegó a decir nada. Un tropel de

coristas irrumpió en el camarín de Kitty, apartándola de su interlocutora, que aprovechó la ocasión para marcharse sin ser vista. Las coristas estaban muy excitadas. Una vez se calmó el alboroto, una de ellas dijo:

—¿Sabes la noticia? Están poniendo flores en el palco real.

—¡Ah, estoy tan nerviosa que no sé lo que hago!—anunció otra.

El debut de Kitty fué el éxito que todos deseaban. Triunfó en toda la línea. El príncipe Eduardo, que era quien había ocupado el palco real, salió de su reserva, impuesta por la etiqueta, y dió la señal con sus aplausos de que la atronadora y prolongada salva de palmas y de vítores podía empezar...

Naturalmente, todo esto fué suficiente para que Kitty y su compañía se vieran alzados al séptimo cielo. Queriendo algunos admiradores y amigos suyos, además de los componentes de su compañía, celebrar el éxito como se debía, acabada la representación se congregaron en torno de una mesa y felicitaron de todo corazón a Kitty, apurando unas copas de champaña por la duración de su vida y de su triunfo.

Kitty, muy emocionada por el homenaje, agradeció:

—Gracias, Margery, Betty, Jane... Gracias a todos. Viniendo de vosotras, esto es más hermoso que todos los aplausos del mundo.

Dos hombres estaban en la puerta del escenario. Uno de ellos, alto y apuesto, daba una tarjeta a un botones, que se resistía a aceptarla. En cuanto la leyó, cambió de parecer y se dirigió a Robert, entregándole la cartulina.

—Perdone, señor. Un caballero desea ver a miss Kitty. Dice que es de la policía.

Robert no dijo nada y se reunió con los recién llegados. Aunque lamentase su inesperada interrupción, el más alto y joven de los dos se ganó inmediatamente sus simpatías. Era ancho de hombros, de varoniles facciones y todo su continente delataba al caballero. El más bajo era regordete, usaba un gran bigote y sombrero hongo.

El más joven se inclinó ante Robert y dijo:

—Perdone, señor, pero es necesario que ves a miss Langley inmediatamente.

Mientras Robert los precedía, los dos policías contemplaban a Kitty, cuya deslumbrante hermosura obligó al más bajo y viejo a exclamar, en tanto que su compañero experimentaba una sorda y mordiente ansia:

—Muy hermosa, si me lo permite, señor.

—Te lo permito, Bates—accedió el joven.

Kitty y los demás estudiaban a los dos policías. La joven sonrió al abier-

to semblante del joven, que se adelantó, mientras Bates quedaba en segundo término.

—¿Es usted de la policía, señor Warwick?

—Inspector Warwick, señorita — aclaró Bates.

—Le pido mil perdones por la molestia, pero vengo directamente de Whitechapel — dijo el joven, siguiéndola a un rincón—. Estuvo una mujer a visitarla... Annie Rowley. Comentó con sus amigos lo generosa que había sido con ella y por eso ha venido... Miss Langley, ¿tiene usted mucha amistad con ella?

—No, amistad, no. Toda la gente de teatro la conoce.

—¿De qué se trata?—inquirió Robert, sorprendido por el extraño exordio.

En la portería, los tramoyistas y Daisy escuchaban la explicación del botones y de Charlie, los cuales, con una fina percepción de lo que en el escenario se estaba desarrollando, barruntaron los motivos que movían a la policía a turbar la fiesta.

—Ya sé: Jack, el Destripador, la ha matado.

—Estuvo precisamente donde está usted ahora—afirmó Charlie.

Daisy, a quien se refería la afirmación, cambió de posición como si el sitio indicado estuvieraapestado y se retorció los dedos antes de preguntar:

—¿Por qué habrá matado a una pobre mujer como esa?

—Es curioso, ella había mandado esto—dijo Charlie.

Destapó una caja, en cuyo interior había un ramo de flores simulando una herradura, con un letrero que decía: «Buena suerte». La compasión de todos aumentó. Charlie, conmovido, explicó a Daisy:

—Ya ve usted... No me atrevo casi a tocarlo.

—Pues es muy bonito — comentó Daisy.

—Lo menos le costaría medio soberrano a la pobre mujer—supuso Charlie.

En el escenario, Kitty había hecho sentar a Bates y a John Warwick, sirviéndoles una copa de champaña. Sólo ella, Robert y el doctor Sheridan estaban enterados del atentado fatal contra Annie. John no alejaba los ojos de la bella actriz, a quien parecía referirse casi toda su explicación:

—Formamos un cordón y la alarma se dió en todo el distrito, pero no lo encontramos.

—¿Se ha repetido la mutilación? — preguntóle el doctor Sheridan.

John le contempló con extrañeza, porque no había sido presentado.

—Este es el doctor Sheridan, el médico del teatro.

—¡Ah, sí, sí!—se apresuró a explicar John—. Empleó su cuchillo bien a

fondo. No en balde le llaman el Destripador.

—Me inclino a creer que es un hombre con conocimientos médicos muy extensos. Lo demuestra lo mortal de las heridas que causa...

Y mientras el médico se hundía en una serie de explicaciones técnicas, asentidas por el inspector, los invitados, atraídos por la conversación de Kitty y los policías, se aproximaron Benos de horror.

—¿Y no sabe nadie por qué comete esos crímenes?—interrogó Kitty.

—Ese hombre debe tener un motivo, pero no es posible imaginar cuál puede ser... y las mujeres que podrían saberlo ya no existen—dijo John.

—¿Ha descubierto usted algo interesante? ¿No tienen una pista?

—Una cosa curiosa—dijo John con lentitud—. Todas las mujeres que ha matado habían pertenecido al teatro.

Las coristas y Kitty se estremecieron. Robert, Beno de indignación ante

aquella coincidencia, que podía ser amenazadora para su sobrina, se levantó violentamente de su asiento y preguntó:

—¿Por qué no disparan y lo matan?

—Porque la ley prohíbe emplear armas de fuego... hasta a la policía...—declaró el inspector.

—Y estamos tan nerviosos en el distrito, que probablemente nos heriríamos unas a otros—exclamó Bates.

—No digas eso, Bates—le reprochó su jefe.

Hubo una pausa, durante la cual John y Kitty se miraron disimuladamente. El interés de ambos ya empezaba a sobrepasar las fronteras de los crímenes de Jack, el Destripador.

—¿Y no le ha visto nadie esta vez?—rompió el silencio Robert.

—Varios de nuestros hombres creen haberlo visto — contestó John—. No han hecho una descripción muy clara, pero aseguran que llevaba un pequeño muleta negro.

CAPÍTULO III

SOSPECHAS

Al día siguiente, Robert y su esposa desayunaban apaciblemente en el comedor. Kitty todavía no se había levantado. Robert, como de costumbre, había ojeado los periódicos y estaba entregado a la lectura del que llevaba noticias más copiosas del nuevo crimen, manteniéndolo levantado y apoyado a un vaso. Elena escuchaba atentamente, con repugnancia y curiosidad.

—Aquí dice que el maletín parecía de charol o algo por el estilo. Era esa clase que los artesanos usan para las herramientas o la comida. Y del tamaño suficiente para contener el maldito cuchillo.

El ruido de un tenedor al caer contra el plato desconcertó su atención de la prensa y la atrajo hacia su esposa. Elena se había demudado de una manera horrosa; la barbilla y los labios le temblaban, tanto que Robert creyóla víctima de un ataque.

—Hoeao, ¿qué te pasa? —preguntó asustado.

Elena le puso la mano en la manga

de la levita y balbució con dificultad:

—Robert, ¿soy tonta, verdad? Pero estaba pensando que el señor... que el señor Slade vino la noche que se cometió el otro crimen y su único equipaje consistía en un maletín negro. Y anoche, cuando salió, llevaba el mismo maletín.

—Eso no es cierto —negó rotundamente su esposo.

—Bien segura estoy — se obstinó Elena.

—Su maletín no era negro y además no lo llevaba anoche.

—Que sí.

Robert, como muchos hombres, se complacía en llevar la contraria, por regla general, al sexo opuesto, aparte de que toda su hostilidad del primer día hacia Slade se había trocado en una súbita e inesperada simpatía, que en aquel momento, como el avestruz que oculta la cabeza para no ver el peligro, afloraba con violencia a impulsos de su instinto de conservación.

—¿Podrías jurar lo que dices? ¿So-

lennemente ante un tribunal? — Elena dudó ostensiblemente y él prosiguió: — No sabes cómo es el maletín negro ni estás segura tampoco de que lo llevara.

—No volvió hasta pasadas las tres de la madrugada... Le oí; subía muy despacio.

—Es natural, despacio... ¿Cómo iba a subir?... ¿Cantando y gritando? No iba a alborotar para despertarnos, no seas tonta—dijo Robert, remedando su gesto de levantarse—. Ni siquiera lees las noticias y estás ahí imaginando lo más ilógico y sospechando sin motivo. ¡Es absurdo!

Elena, abrumada, si no convencida, por el buen sentido de su esposo, fué a la ventana y, apartando los visillos, miró a la calle. De repente atrajo a su esposo hacia sí.

—¡Robert!

Robert miró y dejó el periódico con un bulido de mal humor, aunque bien se comprendía que estaba halagado:

—La policía...

Cortó a Daisy su movimiento de abrir la puerta, cuyo timbre sonaba, y él mismo se encargó de dar entrada a John, que, muy cortésmente y sonriendo, se excusó:

—Lamento molestarles tan temprano, pero es algo importante.

Elena y Daisy se habían unido a ellos. Robert estaba sobre ascuas, ya que la llegada de la policía, segundos

después de la conversación anterior con Elena, podía significar que él se hubiera equivocado.

—Bien, pase usted, pero no deje a sus hombres guardando mi puerta.

John ordenó a Bates que se paseara por allí y se adentró en la casa. Kitty, que descendía de su alcahu con un periódico en la mano, avanzó hacia el gallardo inspector muy contenta.

—Pero, ¿qué vienen a hacer aquí, señor Warwick? Acabo de leer lo que comentan de mí y del caballero del maletín negro. ¡Ah!... ¿No sabe que la pobre mujer me mandó unas flores anoche al teatro? Una herradura de la buena suerte.

—Con ese pretexto ha venido.

La inclinación y la sonrisa de John la hicieron sonrojar y para ocultar su rubor besó a su tía; después de lo cual se encará de nuevo con John:

—No las vi hasta después que usted se marchó.

—Es que el portero lo dijo a un acomodador y éste vino a contárnoslo... Quiero saber en qué tienda de flores las compró—se justificó John.

—Bueno, como las trajimos a casa, puede verlas, si lo desea.

Mientras pasaban al salón, Daisy desapareció un instante y regresó con la caja de flores, que entregó a Kitty. Esta, amablemente, agradeció, alargándole el periódico:

—Gracias por el desayuno que me

has dado, Daisy. ¿Quieres leer las noticias?

—Gracias, señorita—aceptó, sin marcharse.

—Queremos saber dónde estuvo desde que salió de allí—dijo John.

Kitty le pasó la caja empaquetada, tal como la había recibido, y John aprovechó la oportunidad para contemplarla de frente.

—Aquí la tiene. Son unas rosas muy bonitas.

—La caja en que las mandaron, señor, y el nombre de la tienda.

—Voy a apuntar las señas.

El inspector sacó del bolsillo un pequeño cuadernito de notas e hizo lo que decía, apoyándose sobre la caja que Daisy y Kitty sostuvieron. Estaba guardando la librellita, cuando se oyó un ruido de pasos en la escalera, que indujo a Robert a inspeccionar.

—El señor Slade. ¿Qué raro! Esta mañana sale temprano.

—No sale, señor; es que viene hacia acá—apuntó Daisy.

En efecto, el inquilino pisó el salón y vaciló en el umbral al ver en medio de la concurrencia a un desconocido, cuyos agudos ojos le recorrian de pies a cabeza. Luego, sonrió torzadamente. Daisy le hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Señor Slade, todavía no está su desayuno preparado.

—He bajado a buscar el periódico.

—Señor Warwick, le presento al señor Slade. El señor Warwick es de la policía. Lleva el caso del Destripador.

Lentamente, Slade, cuyos labios se apretaron en una línea recta, se encarró con el inspector. Este, viendo el predicamento que el inquilino parecía tener en la casa, adoptó un tono amable, a pesar de que su espíritu había experimentado la desagradable sensación, al estar delante de Slade, de haber rozado a un animal viscoso. Sobre todo, en cuanto advirtió que Slade había sido atraído por el movimiento de policías que pasaban y repasaban por delante de la ventana, mirando hacia el interior.

—Mis hombres están dando vueltas para conseguir ver a miss Langley — se rió.

Todos siguieron su ejemplo, excepto Slade, que sombríamente preguntó a Kitty:

—¿Su debut en el Piccadilly resultó bien?

—Un triunfo completo — contestó Elena.

—Fueron de la Casa Real —añadió Kitty.

—Debió producirle una gran satisfacción—opinó Slade.

—¿Cuándo va a ir a ver la revista?

—Inquirió Kitty.

—Al señor Slade no le gusta el teatro, hija—intervino Robert.

—¡Ah!... Pero, ¿por qué? Le con-

venceré para que nos acompañe una de estas noches—dijo mimosa Kitty.

Pero la réplica de Slade fué tal que todos enmudecieron con una vaga sensación de malestar. No fué lo que dijo, que en otra persona hubiera resultado una broma, sino cómo lo dijo, la causa de ello.

—¿No tiene bastantes hombres a sus pies, señorita?—y agregó, en vista del silencio: No quería molestar. ¿Puede llevarnos el periódico?

Lo recogió de la mesa, en donde estaba, y Robert, con oficiosidad, le siguió hasta ella, explicando:

—Han visto a ese hombre otra vez.

Slade se tambaleó imperceptiblemente y el periódico estuvo a punto de caer de su mano. Con un esfuerzo, recobró su sangre fría y prestó atención a las opiniones de todos. Kitty desahó a John, hacia quien anduvo el inquieto como atraído por un imán irresistible:

—No creo que jamás le cojan.

—¿Por qué no?—quiso saber el inspector.

—Whitechapel está lleno de policía y si siquiera han podido conseguir una pista; no saben ustedes de ese hombre más de lo que sabían al principio.

—No; sin embargo, tenemos teorías.

—¿Teoría?—exclamó el inquieto.

John se encaró con él y le narró con amabilidad:

—La más corriente es que es un maniático y mata por placer.

Unas gruesas gotas de sudor aparecieron en la frente de Slade, que insistió al percibir la reticencia del joven inspector:

—¿Lo cree usted así?

—No, yo no.

—Mire, es un criminal cobardo y muy listo, en mi opinión—terció Robert— No ataca a ninguna mujer, a menos que esté sola e indefensa.

—Hay mucha gente inclinada a pensar que lo hace por odio a una determinada mujer y cuando la encuentre las crímenes cesarán—comentó John.

—¿Y usted no lo cree?—barruntó Elena.

John sacudió negativamente la cabeza sin responder nada y Kitty reclamó su atención poniéndosele enfrente y contemplándole con sus maravillosos ojos.

—¿Cuál es su teoría, si puede explicarla?

—Mire, si quiere visitarme en Scotland Yard alguna vez, tendré mucho gusto en explicarle cuál es. Y si mi idea es acertada, obligaré a Jack, el Destripador a atar con sus dedos el nudo que ha de ahorcarlo.

—No sé qué quiere usted decir con eso—se intrigó Robert—, Ahora hay

otra cosa nueva... Se busca a un hombre con un maletín negro...

—Sí, están muy preocupados con eso—se burló John.

—Si ustedes me permiten, tengo mucho que hacer—dijo Slade.

Los saludó con una inclinación y procedió a subir lentamente la escalera. Su reposado paso se trocó en una desesperada ascensión cuando una resaca de las peldaños le ocultó de la vista de sus huéspedes. Con el rostro descompuesto, llegó al primer piso, se arrojó sobre la puerta de su habitación y tiró el periódico al suelo, jadeando como un león enfurecido...

De un manotazo sacó de un cajón un pequeño maletín negro, estiró la puerta de la escalera del desván y de cuatro zancadas se refugió en éste...

Entretanto, John se despedía en el vestíbulo de la familia y era indudable que el separarse de Kitty le era costoso. Cuando la joven le ofreció la diestra, se la estrechó con suavidad y dijo bajo y promotor:

—Cualquier tarde de esta semana le enseñaré a usted el Museo Negro.

Se refería al Museo Criminal de Scotland Yard, en donde se acumulan las pruebas condenatorias, los instrumentos y restos de los criminales célebres. Como no es fácil visitar tal Museo, Kitty aceptó encantada la invitación, aunque es de suponer que contribuyó a esta placar la idea de tener

un cicero tan simpático a su disposición.

—Será muy interesante—dijo la joven.

Se despidió de los dos y partió enviando una última mirada a la artista.

Elena casi tropezó con Daisy, que llevaba en una bandeja el desayuno de Slade, y la despidió a la cocina, diciendo:

—Si es el desayuno del señor Slade, yo se lo subiré.

Con él llegó a las habitaciones de Slade. Al encontrar la puerta abierta de par en par entró en la antecámara y descubrió los indicios del precipitado comportamiento de su inquilino. No estaba; el periódico reposaba en el suelo; un cajón estaba a medio cerrar. Recogió el periódico y lo depositó junto con la bandeja en la mesa del centro. Entonces, vio la puerta del desván entreabierta...

Un acre olor a cuero quemado brotaba de ella. Klena, con cierto titubeo, se atrevió a pisar el primer peldaño. El olor era más penetrante. Algo se quemaba y sus dudas sobre qué era lo devoraban las llamas se empezaban a disipar. Por consiguiente, con un temblor en el timbre de su voz, gritó:

—Señor Slade, ¿se está quemando algo?

La entrada del desván fué ocupada por la inmensa figura del inquilino, que, abriendo los brazos en cruz, se

apoyó en ambas jambas, gesto que podía ser tanto necesidad de conservar el equilibrio, como prohibición de que subiera. Más todavía. Estaba despeinado y resoplaba ruidosamente. Al ver a Elena, suplico:

—No suba usted. Lamento producir este olor, pero no tenía más remedio que hacerlo. Abriré la ventana. Déje ahí el desayuno, por favor.

Se metió en el cuarto, cerrándolo de golpe. Elena hizo lo que le ordenaba y se precipitó en busca de Kitty, a quien encontró en el salón. Buscaron a Robert y, al no encontrarle, narró a Kitty su descubrimiento y sus serviles sospechas. No había concluido de hacerlo, cuando Robert se presentó en el salón, proveniente de la calle. Antes, guardó algo en el arca que había en el vestíbulo.

—Tío, te hemos estado buscando por toda la casa—le amonestó Kitty.

—¿Dónde te has metido? — protestó Elena.

—¡Hum!... He ido a... ¡Hum!... Ha sido un momento.

Pero la alteración de las dos mujeres fué motivo de que no se percatasen de la de Robert.

—Tenemos que decirle una cosa — dijo con misterio Elena.

Kitty cerró la puerta del salón y le anunció de golpe y porrazo:

—El señor Slade ha quemado su maletín.

—Me oía a quemarlo — explicó Elena—. No quise deciros nada por no alarmar, pero en cuanto bajé a su habitación, subí al desván y encontré esto escondido.

Se apartó un poco del respaldo de la butaca en que estaba sentada y, de detrás de su espalda, sacó un objeto que exhibió con trágico ademán. Era un asa de maletín semicarbonizada, con restos, aun adheridos, de pedazos de cuero.

—Estaba entre la basura, Robert — avisó—. Estuvo fuera toda la noche.

—Y al leer los periódicos de esta mañana quemó el maletín — agregó su sobrina.

—Me parece acertadísimo — fué la maravillosa contestación de Robert.

—¿Por qué dices eso? — exclamó Kitty, ya que Elena era incapaz de hablar.

—Porque, ¿quién se va a atrever a usar un maletín así ahora?

Les hizo señas de que le siguiesen y las guió hasta el arca del vestíbulo, levantó la tapa de esta mueble, separó unas telas y mostró con mucho sigilo un maletín idéntico al descrito por los periódicos. Las dos mujeres sintieron que la lengua se les pegaba al paladar, y Robert relató:

—Fijos, han linchado a un hombre esta mañana en Trafalgar Square... por poco lo matan... Simplemente porque llevaba un pequeño maletín negro.

Y cosas así están ocurriendo en todo Londres—cerró el arma y añadió—: He venido corriendo en cuanto me he enterado, porque me acordé de que tenía un maletín pequeño por ese estilo, a esconderlo. Todo el que tiene uno así, ahora se hace sospechoso. Y por eso ha querido deshacerse de él... como yo he escondido el mío. Es lo más razonable que puede hacer.

Kitty y Elena se aplacaron hasta el punto de reírse de sí mismas ante tan razonable justificación. Habían vuelto al salón y Elena echó el mango del maletín de Slade a las llamas del hogar. Después, con su sonrisa que excusaba su comportamiento, dijo:

—¿No sabes cómo me has asustado!

—Ah, estás muy nerviosa! Te daré una copa de Jerez. Tranquilízate — le recomendó Robert, sirviéndole una copa del vino mencionado.

En cuanto la hubo bebido, Elena se sintió más calmada.

—Tu tío tiene razón, desde luego.

—En realidad, sabemos tan poco del señor Slade...—convino Kitty muy confundida.

—Ahí baja, Kitty—le previno su tía.

Quieras que no, aquella era la ocasión ideal para descifrar el arcano representado por la personalidad de Slade. Al notar que le abordaban, se quitó el sombrero, con alguna contrariedad, que disimuló astutamente, saludando:

—Buenas tardes.

—Hoy sale muy temprano, señor Slade—dijo Elena.

—Sí, he terminado un experimento. Tengo que probarlo.

El inquilino, sin duda, estaba en vena de confidencias y mucho más accesible que en las ocasiones anteriores. Incluso se tomaba la molestia de sonreír. Por consiguiente, no despreciaron aquella oportunidad.

—¿Y dónde hace las pruebas? —inquirió Kitty.

—En el laboratorio en donde trabaja, supongo —dijo Elena, con el fin de que mordiese el anzuelo.

—Sí, en el Hospital de la Universidad —declaró Slade—. Si ustedes lo permiten, me retiro.

Como cada día, se marchó por la puerta trasera de la casa. El indicio que les había brindado por su propia voluntad y el seguir su costumbre sin alteración, si bien era un fundamento plausible de su inocencia, también podía ser un subterfugio para despistarlos.

—El Hospital de la Universidad —repitió Kitty.

—Eso está en la calle Gower—anunció Robert.

Pero fué Elena la que expresó el pensamiento de los tres al dudar:

—No acabo de creer que trabaje allí.

—Es junto a mi peluquería. Y voy en este momento—declaró Kitty.

La joven estaba hablando en su peluquería de la calle Gower con la dueña del establecimiento, situada detrás de los cristales de la entrada adrede, puesto que desde allí podía vigilar la calle sin ser sorprendida. Minutos más tarde, pasó Slade por delante de la peluquería. Iba sin mirar a ninguna parte y, tras de saludar al portero que limpiaba una ventana, entró en el Hospital, por la puerta reservada al personal de la institución.

Kitty, ni corta ni perezosa, salió de la peluquería, en cuanto Slade hubo desaparecido, y se llegó al portero, a quien sometió al siguiente interrogatorio:

—Usted perdona, ¿quién es ese señor que acaba de entrar?

—Es uno de los médicos.

—¿Cree conocerle, al pronto.

—Trabaja aquí, en el laboratorio. Es un caballero muy amable, señorita.

Lo que ignoraba Kitty es que Slade la estaba espiando a través del montante de la puerta reservada a los empleados, con la cara contorsionada por el furor. Toda la conversación de

Kitty y del portero era perfectamente inteligible desde el interior.

—¿Trabaja aquí hace mucho?

—Pues, hace bastante tiempo — dijo el hombre, rascándose la cabeza. — Trabaja de vez en cuando... No sé si me explico bien. Quiero decir que no es de nuestros doctores.

La enorme cabeza de Slade fué creciendo a medida que subía los peldaños. Kitty quiso retroceder tardíamente y sólo logró ponerse en evidencia, porque el portero, con una estúpida ingenuidad, basada en el desconocimiento de las sospechas de la joven y de su familia, le comunicó:

—¡Ah! ¿Ya sale usted, señor? La señorita preguntaba por usted.

A pesar de que estaba dos escalones más bajo que ella, su estatura la ahumaba. Kitty, no obstante, con la astucia de las mujeres cuando se trata de fingir inocencia, no se conlurbó y le acogió con una sonrisa de placer:

—¿Cree haberle visto entrar hace un momento.

Slade la atravesó con una mirada y la reprochó tristemente:

—¡Pero, señorita Langley!

—Mi peluquería está muy cerca.

Kitty señaló el establecimiento, aunque estaba segura de que él no la creería. Lo que más la alarmaba era aquel aire triste y apesadumbrado que había reemplazado la habitual gravedad de Slade, el cual afirmó más que supuso:

—Vino siguiéndome.

—¿Tiene miedo de que le sigan?

—No.

La respuesta había sido firme y tranquila. Slade pisó la acera y su impetuosidad se hizo mayor al protestar, antes de que ella pudiera excusarse, con voz doliente:

—Pero sé lo que es la curiosidad. Vivo tan aburrido en mi trabajo, que muchas veces olvido lo que pueda opinar la gente. Me he visto obligado a mudar de alojamientos, porque mi conducta no es muy normal. Tenía la esperanza de permanecer en su casa de

Montagne Square hasta terminar mi trabajo.

—¿Pero quién le ha dicho que se marche?

—He creído notar que su tía Elena...

—¡Ah! Es que estaba muy nerviosa anoche... Esos crímenes tan espantosos han influido en su imaginación. Estoy segura de que la encontrará normal cuando vuelva.

—¿Y no cree usted que estaría más tranquila si me mudo a otro sitio?

—No diga eso. Le aprecia mucho. Luego nos veremos.

Agitó la mano, mientras echaba a andar hacia la peluquería. Slade observó la gracia de sus movimientos hasta que entró en el establecimiento. Giró sobre sus talones y se metió de nuevo en el Hospital, con la conciencia satisfecha de quien no sólo ha ganado una batalla, pero también ha convencido a un enemigo de la rectitud y bondad de sus intenciones.

CAPÍTULO IV

AMOR Y AMOR

En realidad, fué la inconsciente insistencia de Elena la que produjo la apertura de una nueva perspectiva en el asunto. Queriendo congraciarse con Slade, cuya contrariedad ya le había relatado Kitty, asió con sus propias manos el té a su inquilino. Como quiera que repiquetase en la madera de la puerta sin respuesta y que ésta cediese, osó penetrar en la habitación.

—Señor Slade, el té — dijo con fuerza.

Slade estaba en la pequeña salita. No la había sido, porque, o estaba dormitando, cosa que no compaginaba mucho con un hombre de su carácter y con la estación reinante, o estaba sumido en una profunda meditación, como era correcto deducir, puesto que tenía la voluminosa Biblia sobre sus rodillas.

—¡Qué triunfo ha tenido Kitty! Ha recibido proposiciones para el Palacio de las Variedades de Whitechapel, que se inaugura.

Inmediatamente, Slade enderezó su

grandioso cuerpo y colocó la Biblia sobre la mesita, preguntando maquinalmente:

—¿Van a inaugurar un music hall allí?

—Querían aplazar la apertura... y se han decidido porque dicen que sería tener miedo a Jack, el Destripador — Elena carraspeó un momento y dijo seguidamente:— Señor Slade...; hum!... creo que a Kitty le gustaría que dejase usted a un lado sus prejuicios y fuese a verla. Le encantaría cómo baila y no negará usted que es bonita.

Slade dió, esta vez, muestras de que la había escuchado. Levantó la cara hacia el techo y dejó caer las palabras sílaba tras sílaba:

—Salomón dice: «Existe una mujer que le acoba esperando su presa; ella hace que cometan delitos los hombres». Las mujeres de teatro, las actrices, se pintan y se componen para parecer bonitas.

El sentido de parentesco de Elena estaba escandalizado ante aquella distri-



El hombre enojado, que muestra antes había estado en el fondo de una sala...



El desconocido se puso de un nuevo estado...



Miró la vida con satisfacción.



Il capitano W. Smith, capitano e comandante dell'artiglieria.



Kitty, una infermiera, con un elegante abito.



Kitty, John e Robert, insieme al capitano.



John y la joven se refugian...



*Siempre se quedó aborrecida, en tanto que él se
hacia una muestra de loco.*



Kitty viene a Felia, viene lo zio e il Maresca del Restaurant Ward.



El Angustillo salda el asunto de la casa de la casa de la casa...



El tiempo está agitando los cables...



El tiempo está agitando los cables...



El templo católico con acceso al altar y salida principal de la iglesia.



Robert y John, los católicos, con el altar.



El Arco cogió un machillo y lo usó contra Robert.



Una multitud de sus ojos silenciosamente.



Eladio se acord a la pared cuando Dany pasó por su lado.



V. Eladio miró con curiosidad hacia el lado.



José y Betty observaron la mirada sorprendida.

ha. Iba a abrir la boca para protestar, pero su inquilino no le dió tiempo a hacerlo. Como impelido por un viento, por una fuerza superior, corrió hacia una consola que estaba cercana a la ventana y se arrodilló, abriendo un cajón del que extrajo algo. Ocultó este objeto contra su pecho, para decir:

—Le enseñaré un ser humano mucho más hermoso que ninguna mujer. Una hermosura completa y sana. Yo tenía un hermano... que era un genio. Lo quería con todo mi corazón. Este es su autorretrato, porque era pintor. ¿No es una cara maravillosa?

Le entregó el autorretrato, que era una maravilla de perfección artística, llena de energía y de realidad. Elena lo tomó con reverencia; la hermosísima cara del hombre, representado en la miniatura, no hubiera hallado parangón en el mundo. Era mucho más bella que la de Kitty. Era de una delicadeza sobrehumana.

Por consiguiente, Elena calló, ya que no hubiera encontrado palabras adecuadas para exponer su asombro. Comprendió así, triunfante, Slade y recuperó la miniatura, en cuya contemplación se engolfó para hacer resaltar ante la aborrecida Elena cada uno de los detalles que pudieran haberse escapado.

—Fíjese qué frente más despejada. Tiene vida en los ojos, son nubles y claros. Hay una gran sensibilidad en sus labios... Contempla usted el trabajo de un genio. Es igual que si le viera en persona. Casi me parece oír su voz cuando miro el retrato. Es una obra magnífica para haber salido de manos de un hombre. ¡Y tan joven!

Su boca parecía reír. Continuaba arrodillado, más cercano que nunca al desequilibrio mental. No obstante, cuanto decía era verdad.

—Sí, es maravillosa — corroboró Elena—. Pero, ¿cómo podía hacer esas miniaturas? Debía tener unos ojos extraordinarios.

—Tenía ojos extraños. El era extraño y bueno.

—¿Ha muerto?

Slade, súbitamente, saltó y se refugió en un rincón. Estuvo mirando la pared, sin duda presa de un tremendo dolor, puesto que respiraba con dificultad. Elena, contristada por el fruto de su curiosidad, retrocedió hacia la puerta, con el fin de dejarle a solas hasta que se serenase.

—Perdón—dijo arrepentida.

Estaba estornando cuidadosamente la puerta, cuando oyó que Slade repetía en el paroxismo del frenesí:

—No debió morir. ¿No debió morir!



Kitty cumplió la promesa hecha al inspector John Warwick, y, por lo tanto, se presentó en el Scotland Yard para visitar el Museo. John, tan elegante en su uniforme como en traje de paisano, la condujo hábilmente entre los espantosos recuerdos que henchían el Museo, dándole las explicaciones pertinentes... Aunque, por un motivo oculto, semejaba hacerlo de mala gana y por pura cortesía.

—Y éstas son las mascarillas de varios criminales, algunos ahorcados públicamente en la cárcel de Newgate. Pueden verse las marcas de la cuerda en el cuello. Y aquí tiene las cuerdas que empleamos para ahorcar a los criminales. Todo lo que se encuentra en nuestro Museo ha tenido relación con algún crimen célebre.

Sorteó hábilmente varias vitrinas y la guió a una serie de mesas, que exhibían los instrumentos más dispares. Kitty advirtió que John tenía un ruego en la punta de la lengua y fingió interesarse por un instrumento, que tocó ligeramente con sus dedos enguantados.

—¿Qué es esta pala?

—¡Ah! La emplearon para enterrar un par de cadáveres en la cocina cuando el crimen de Hockney Marshes.

—¿Qué horror! — exclamó Kitty, soltándola como si quemase.

—Miss Langley...

—Diga, inspector.

—Quiero hacerle una pregunta.

—¿Sólo una, inspector? — se burló, mirándole enloquecidamente por entre sus ojos entornados.

—Una... por ahora — confesó John.

—Yo tengo muchas que hacerle.

—¡Ah!, ¿sí? — se alegró el joven.

—Por ejemplo, ¿esta cuchilla para qué es?

Con una gracia maravillosa, como si sus pies no tocaran al suelo, se separó de él, esquivándole, y tocó una cuchilla de carnicera. John se mordió los labios, pero no se arredró ante el obstáculo y la coquetería manifiesta de Kitty.

—La emplearon los gemelos Clark para matar a Herberth Thomson cuando los crimenes de Tufnell Park—recitó de un tirón, y sin pararse agregó—:

¿Quieres venir el jueves a tomar el té con mi madre?

Kitty le dió la espalda y cogió otro objeto, que interpuso entre ambos. John estaba a punto de gritar de impaciencia.

—¿Y esta taza?

—Pertenece a la señora Galey. Reconocí a cuatro maridos para heredarla.

—¿Con esta taza?

—Poniendo veneno en el té — contestó John mordazmente — ¿Vendrá el jueves?

A pesar del exiguo espacio, Kitty pudo dar la vuelta y ocultar una sonrisa demasiado suave para que John la descubriera de buenas a primeras. Cogió una especie de alizador de fuego y con él en la mano se volvió a John, que se consumía a ojos vistas.

—¿Y esto qué es, inspector?

—¡Ah! Un pobre diablo golpeó la cabeza de su novia con ella — replicó con pesar, pues en aquel momento estaba de acuerdo con el pobre diablo.

—¿Qué había hecho? — se extrañó Kitty.

—Pues, nunca se supo con exactitud, pero mi parecer en este momento es que ella se negó categóricamente a responder a una pregunta.

Kitty colocó con delicadeza la barra de hierro en su lugar. Luego, se enfrentó con él:

—En ese caso, inspector, acepta el té del jueves.

John se estremeció de placer, pero, ya que ella le había hecho suplicar tanto una respuesta, simuló una gran indiferencia.

—Gracias, miss Langley. Y aquí tiene las huellas dactilares.

John abrió una caja, pero en aquel instante en la antecala del Museo hubo un revuelo de policías que se ponían en pie. Entró, a poco, un hombre de edad mediana, con el pecho cubierto de condecoraciones y de gran uniforme, al que también saludó John. El recién llegado avanzó hacia los jóvenes, diciendo:

—Quería presentar mis respetos a nuestra distinguida visita, miss Langley.

El inspector presentó al desahogado personaje como el comisario de policía, sir Edward Willoughby, que se inclinó sobre la pequeña mano de Kitty. Luego, aludiendo a su indumentaria, un poco inusitada a aquellas horas, aclaró:

—Sí, me han llamado de Palacio para hablar del Destripador.

Luego, dirigiéndose a John, dijo muy preocupado:

—No quisiera que volviera a repetirse una llamada de esta clase. Su Majestad sabe que la prensa dice que los crímenes seguirán. ¿Tiene usted calculado cuándo podrá ser? Dice que puede producir el día de cada crimen.

Kitty, a quien se refería esta última

explicación, miró a John, que sacó un papel de su bolsillo y expuso:

—Es extraño lo periódicamente que los comete. Cuatro crímenes con intervalos de diez a veinte días.

—Bueno, sabemos que los comete con regularidad — concedió el comisario.

—Es como si el deseo de matar fuese creciendo en su alma... Lo satisface... y se tranquiliza hasta que el impulso le abaga — dijo John.

—¿Y cuándo cree que cometerá otro? — preguntó Kitty.

—Será pasado mañana — vaticinó.

En un tabernucho de Whitechapelle, pomposamente titulado «Club Waver», a través de cuyas ventanas se vislumbraban las siluetas de los numerosos policías que patrullaban por la vecindad, Jennie, una antigua cantante en el declive, interpretaba un remedo del can-cán que había hecho célebre a Kitty, aplaudida por los espectadores, entre los que se contaban bastantes guardias de uniforme, a los que la desapareible noche había empujado al bar...

¡Y también a Slade, que, a pesar de su odio a las artistas, contemplaba a Jennie muy complacido!

Aplaudieron la imitación calurnosamente y el barman invitó a una copa a Jennie, que no se lo hizo rogar dos veces. Una especie de bruja de voz aguardentosa, saludó a Jennie. Era

Wiggy, una raterilla del tres al cuarto, que solicitó de Jennie:

—¿Querías prestarme la concertina una noche?

Jennie apretó el instrumento, que exhaló unos inarmónicos sonidos.

—¿Para qué? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Tocar himnos en Whitechapelle, en la calle Alta — contestó la bruja, bebiéndose de un trago un vaso de gin-bra.

—¿Has dejado de robar bolsillos, Wiggy? — preguntó con ironía un oficial de la policía.

—¿Qué remedio! Con el Destripador hay muchos policías en el distrito. Ganaré bastante para una semana con mis himnos. Te la devolveré por la mañana. Te lo prometo.

—Bueno, si la necesitas mucho, aquí la tienes — accedió Jennie.

—Ah, qué buena eres, Jennie! — elogió Wiggy.

Y como quisiera ensayar un himno, el tabernero, escandalizado, la echó a la calle; siguióla Jennie y juntas pasaron entre los nutridos grupos de policías. Las dos mujeres los miraron con desprecio.

—Muchos policías hay esta noche, ¿verdad? — dijo Wiggy.

—Sí, ya he visto demasiados.

Las dos mujeres se separaron. Jennie, mientras la aguardentosa voz de Wiggy se alejaba cantando un himno,

pasó al otro lado de la acera, sorteando los perennes charcos del pavimento. Anduvo unos minutos y después penetró en una humilde casa.

Una vez en su cuarto, se quitó el abrigo y se sentó en la cama para desabrocharse los zapatos, tarareando una canción. Como el quinqué estaba en el lugar opuesto a la entrada, ella se sentó en la cama dando la espalda a tal sitio...

Mientras tanto, un hombre conducía un carro por las mal empedradas calles, advirtió el paso de Wiggy y preguntó por Jennie. La mujer, con muchos deseos de entablar palique, le dio los datos requeridos y el hombre del carro contó:

—Es que van a dar un concierto en el León Rojo el lunes por la noche.

—Puede cantar a la salida del espectáculo. Necesita trabajar, la pobre.

—Claro, voy a su casa a hablarle de ello. Arre, mula, vamos allá.

Un chirrido en la habitación de Jennie puso en pie lentamente a ésta. No se atrevió a mirar hacia atrás. El chirrido de la puerta creció, Jennie, con desesperada energía, dio la vuelta y se enfrentó ante lo Desconocido. Anduvo hacia atrás, con el rostro descompuesto de pánico, mientras quería obligar a su garganta a exhalar un chillido de socorro. Nada. ¡Nada! De pronto se llevó las manos al cuello... ¡Había tropezado con la pared! ¡No tenía escape!... Se agitó frenética.

El hombre del carro corrió a la casa de Jennie y el edificio se lo tragó. De pronto, reapareció lanzando un aullido pavoroso:

—¡Se ha cometido un crimen! ¡Policía! ¡Policía! ¡Vengan todos, de prisa!

John y sus hombres, algunos de los cuales tocaban su sítalo congregando a sus colegas, que acordaron la calle en un santiamén, entraron en el domicilio de Jennie. Grandes manchas de sangre y destrozos relataban la resistencia de la asesinada. Era indudable que el Destripador había saciado su demencia en una nueva víctima.

—¿Vió salir a alguien después de entrar esa mujer? — preguntó John al policía de la ronda.

—No ha salido nadie, señor.

—Entonces debe estar por aquí.

Los guardias acordaron la calle, contentando a los horrorizados espectadores. Y a pesar de todas sus búsquedas y de todos sus registros, pues incluso recorrieron los tejados persiguiendo al criminal, éste no fué capturado. Media hora más tarde, un irónico pitido dado en un lugar opuesto de Whitechapel, indicaba que el Destripador había burlado su vigilancia.

En alguna parte del Támesis, subido en una lancha, Slade humillaba en cuerpo sobre la sombría superficie de la corriente, con las manos hundidas hasta las muñecas en ella.



Kitty se despertó con la premonición de que algo anormal estaba aconteciendo en la casa. En efecto, un humo espeso entraba en su habitación. Saltó de la cama y se puso rápidamente un peinador, encendiendo una velilla en la lamparilla de noche. El humo la condujo, dando un rodeo, hasta la cocina, en cuyo umbral se quedó parada.

Slade estaba ante el hogar, empujando con un atizador grandes trozos de su impermeable que desgarraba con vigorosas tirones. No se había percatado de la presencia de Kitty. La joven dudó unos momentos y el inquilino hallóla observándole con espantada insistencia. Slade se sobresaltó.

—Señor Slade, ¿qué está haciendo? —se obligó a decir Kitty—. ¿De qué son esas manchas?

El impermeable estaba enteramente tachonado de unas manchas oscuras. El inquilino se volvió desesperado antes de contestar:

—Se ha contaminado de una enfermedad en el laboratorio. Tengo que destruirlo para que no se contamina todo. La estufa de mi cuarto es muy peque-

ña, por eso he encendido fuego aquí. Tengo que destruirlo todo.

—Oli a quemado... y hujé...

—Debí cerrar la puerta de la cocina; es posible que el olor no se hubiese extendido por la casa.

Kitty sintió un miedo atroz. Algo le avisaba de que Slade mentía, y ese algo era quizá su rabia, sus ojos desencajados y con una espantosa sombra atravesada en ellos. Slade, muy nervioso, desgarró un nuevo trozo de su impermeable con tan mala fortuna que derribó unas cacharros que había sobre la mesa.

—¡Se golpe va a despertar a todos —dijo Kitty.

Se arrodilló y las dantescas llamas que iluminaron su gran belleza, reflejaron contra la pared la silueta de Slade, que levantaba su mano sobre la cabeza de Kitty, su mano armada del atizador, puesto al rojo vivo por hurgar el fuego... Hubo una pausa y la mano, el cuerpo de Slade, se agitó en una espantosa convulsión. Cuando Kitty levantó el rostro hacia él el peligro había pasado. Slade volvía a ser normal.

—¿Ya no habrá peligro? — exclamó Kitty, viendo que había concluido su tarea.

—No.

—Pensó en evitarlo por nosotros pero ¿ha pensado en usted? — añadió suavemente la joven.

—No me ocurrirá nada — declaró Slade maquinalmente, fascinado por su belleza.

—Abriré la ventana para que salga el humo. Ya está amaneciendo... Ahí viene el lechero.

El apacible espectáculo de la calle a aquellas horas de la mañana fué un sedante para los nervios de ambos. Un guardia y el lechero comentaron la nueva fechoría del Destripador. Kitty, que los había oído, ordenó a un vendedor de periódicos que le arrojara uno.

Sin preferir una palabra, Kitty le desplegó y leyó el relato del asesinato de Jennie. A poco, por el rabillo del ojo, observó que Slade se le acercaba sigilosamente... Pero ya estaba tranquilo. No había nada que temer. Con muchísimo interés miró la información por sobre el hombro de Kitty, cuyas manos no temblaban...

Cuando la joven comunicó a sus tios la ilógica conducta de Slade y las manchas raras que había en su impermea-

bile, el parecer de éstos se dividió en contrapuestas opiniones. Elena era partidaria de avisar a la policía; en cambio, Robert, respaldada por Kitty, le recordó su aplanchado en el caso del maletín y le aconsejó que no se preocupase.

—¿No se te ocurre que haya podido decirnos la verdad? — arguyó Kitty—. Después de todo es médico y conoce el peligro de una ropa contaminada. Lo hizo para protegernos. Debieras subir a darle las gracias en vez de sospesar de él.

—Buena, puede que tengas razón — concedió de mala gana Elena.

—Naturalmente. Ahora voy a acostarme a ver si duermo un poco.

En cuanto hubo salido Kitty, Robert meneó la cabeza reprochando a su esposa, la cual parecía estar muy contrariada, y para consolarla exclamó:

—Mira, siempre dije que era excéntrico, eso sí.

—Robert, tenemos que procurar que Kitty no esté nunca sola en casa con ese hombre... Para mi tranquilidad.

Robert no dudó en acceder a ello, porque, en el fondo, su optimismo era un velo que interponía ante sus ojos para no sufrir la pavorosa inquietud de su mujer.

El inquilino cogió un rollo que Daisy había colocado sobre la mesita. Llevaba escrito su nombre; desató el lazo que lo sujetaba y sus cejas se fruncieron. Era un programa de variedades, conteniendo una nota de Kitty, en la cual le invitaba a asistir al estreno del teatro aquella misma noche. Saló al pasillo y empezó a bajar la escalera; un ruido de voces le frenó. Sacando cuidadosamente la cabeza por encima de la barandilla, pudo averiguar que eran Kitty y su tía, que charlaban por los balcones, mientras la joven se probaba un traje.

—Nuestro coche va a llevar una escolta de policía montada—decía Kitty.

—¿Ha sido idea de John?

—Por pura coincidencia, una patrulla va a Whitechapel de servicio y nosotros llevamos el mismo camino.

A continuación se enfrascaron en el estudio de un adorno del traje que Kitty tenía que lucir aquella noche, cuyos prodigiosos detalles concluyeron por determinar que aquello era imrepresentable. La complaciente tía se ofreció a salir a comprar un ramillete y se marchó inmediatamente.

Kitty se había quedado sola en la casa. Elena se acababa de marchar, Daisy había ido a la compra y Robert estaba en la tienda de su sombrerero. Por consiguiente, Slade pisó los peldaños encaminándose hacia la habitación de la artista.

Robert había concluido una entrevista satisfactoria con su sombrerero y regresaba paseándose a su casa. Sin percatarse de ello, se cruzó con Elena, que palideció al hallarle en la calle.

—¡Robert! No sabía que habías salido.

—Verás, allí un momento a traer mi sombrero. ¿Dónde está Daisy?

—Fue a la compra.

—¿Está Kitty sola en casa?—rugió Robert.

Su pretendida confianza en Slade fué disipándose a medida que caminaba hacia Montague Street. Su paso de lento se trocó en acelerado y de acelerado en una vergonzosa carrera, que no ruborizó lo más mínimo a Robert.

El inquilino se detuvo en la entrada de la alcoba de Kitty, que se frotaba las uñas con un pulidor y tardó bastante rato en percatarse de su pre-

sencia, circunstancia que aprovechó Slade para contemplarla a su sabor. Kitty no dió indicios de asustarse; al contrario, le rogó que pasara y le preguntó:

—No le habrá molestado que le enviase esa nota, ¿verdad?

—Al contrario, señorita, ha venido a darle las gracias — dijo Slade sin moverse.

—¿Le será posible ir al teatro?

—No estoy seguro.

—Le garantizo que el resto del espectáculo es muy bueno — se burló Kitty.

—Tengo algunas pases. Le regalo uno. ¿No quiere sentarse?

Slade solamente accedió a dar algunos pasos por la estancia que le aproximaron a la risueña e intrigada joven. Y lo que dijo fué tan inesperado como grotesco:

—Supongo que muchos hombres le habrán dicho que es usted muy hermosa.

—Pero no siempre me lo he creído.

—Mi hermano hubiese retenido su belleza para siempre.

—¿Su hermano? Era un artista, ¿verdad?

—No. Era un genio. Fué la belleza femenina la que causó su destrucción. Usted posee una belleza capaz de destruir a los hombres... o de destruirlos a usted. ¿Nunca ha pensado en eso?

A Kitty le divertía mucho aquel galanteo, si puede llamarse así. Única-

mente la vibración de la voz de Slade y un nuevo acortamiento de la distancia que les separaba, le llamaron la atención. Slade estaba conligno a ella y su imagen era repelida por el espejo del tocador. Si hubiera querido, la hubiera podido tocar alargando uno de sus brazos.

—No se me ha ocurrido semejante cosa, además no creo poseer tal hermosura. Con gran esfuerzo consigo dar tal impresión.

—No tiene importancia que una mujer sea hermosa particularmente, pero cuando exhibe sus encantos o su cuerpo en un escenario, es una tentación y los hombres se... — dijo el inquilino, con una rara torpeza.

—¡Ah! Tiene usted prejuicios contra las actrices, ¿verdad?

Slade la escrutó con fijez; con aquellos sus raras ojos, alucinadores en aquel momento, y se inclinó sobre ella, susurrando:

—No creerá usted que nadie pueda odiar una cosa y adorarla...

Kitty habló por primera vez con gravedad, porque el susurro de Slade encerraba una afirmación.

—No se puede amar y odiar al mismo tiempo.

—Puede ser, y es un gran problema. Yo llevo mis problemas al río, porque el agua es suave y tranquila cuando está oscura y profunda. Allí pienso en todo. El agua resuelve los problemas.

Esta respuesta, que había empezado en un murmullo, fué en crescendo hasta conseguir potencia victoriosa. Las manos de Slade temblaban de ansia y de contención al mismo tiempo. Kitty se puso en pie, para eludir su contacto, ya que creía que el inquilino, en el entusiasmo de la conversación, se le había acercado demasiado. Pero él la persiguió, como demandando su conformidad para con sus pensamientos.

—Está usted muy solo — se compadeció la joven.

Slade, implacablemente, no abandonó su idea.

—Y su respuesta es... que un hombre puede destruir lo que odia y amar lo que destruye. Sé también que hay un mal en la belleza, pero si se extirpa el mal...

Robert fué empujado por el distel de la entrada. No le importaba un comino que su aspecto, el sombrero puesto y el bastón cogido por el centro, delataran su carrera. La cuestión, ya no tenía duda, es que había llegado a tiempo. Kitty enarcó las cejas y cortó la conversación, diciendo:

—¡Hola, tío!

Slade giró pesadamente sobre sí mismo, encarándose con el recién llegado, como si hubiesen impedido la realización de un deseo punzante.

—Hemos tenido una conversación muy interesante — afirmó Kitty—. El señor Slade es un filósofo. Confío en poder verle en mi debut esta noche.

—Gracias — contestó Slade, inclinandose—. Seguramente nos veremos en Whitechapel.

CAPÍTULO V

LA CAZA DEL HOMBRE FATIDICO

John había cumplido su palabra. No sólo se preocupó de encargar un coche para Kitty, pero también, cuando se paró delante de la casa de Robert, llevaba a la vanguardia del vehículo seis policías a caballo y otros tantos a la retaguardia. Vestido de etiqueta, saltó del coche y ordenó al jefe de la escolta:

—Que descansen los hombres.

Los policías desmontaron y evolucionaron delante de la casa, llevando a los caballos de la brida para que no se enfriasen. John pulsó el timbre y Robert le recibió con más calor del acostumbrado.

—Pase, amigo mío. Le estâbamos esperando.

En el paragüero colgó el abrigo y el sombrero del inspector. Kitty, al oír las firmes pisadas del joven, entreabrió la puerta de su alcoba y gritó:

—¿Es usted, John? En seguida salgo.

—Nos sobra tiempo — contestó su tío.

—No habrá olvidado traerme escolta! — exclamó la joven.

—Tiene una escolta de policía montada — respondió John.

Los tíos de Kitty le hicieron pasar al salón y, tras de cerrar con cuidado la puerta, le narraron en voz baja y rápida los acontecimientos del día, la quema del impermeable, en fin, todas sus aprensiones. Robert y Elena estaban de acuerdo en que Kitty peligraba y a John le conmovió la simple idea de que a su amada pudiera acecharle algo.

—Y en ese momento pudo haber acaecido a Kitty — concluyó Robert, dando un palmotazo sobre la mesa, alrededor de la cual se habían sentado.

—¿No se dió cuenta ella de lo que pasaba? — dijo John, sin expresar las dudas que pudiera tener.

—Pues no lo dió a entender. Ni le hemos dicho nada aún.

—Teniendo que debutar esta noche, no nos atrevimos por si se ponía nerviosa — explicó Elena.

—Es un cúmulo de pequeñas cosas... una sobre otra que...

—Destruyó su maletín, quemó su abrigo... no vuelve hasta muy entrada la noche — le interrumpió Elena.

John meditó durante unos segundos sobre lo que había oído, después metió una mano en su bolsillo y exhibió unas fotografías de unas intrincadas huellas digitales.

—Creo que todo se aclarará inmediatamente. Aquí están las huellas que el Destripador dejó en Whitechapelle y luego en Mitre Square. Si me fuera posible ver un objeto que el señor Slade hubiese tenido en la mano, un vaso o algo por el estilo...

Robert se volvió hacia su esposa, que se pasaba nerviosamente la mano por la cara.

—¿Le ha servido Daisy su refresco? Siempre toma una bebida a estas horas... Limón y especias, es como un aperitivo.

—Está preparándolo ahora — dijo Elena.

—Mira, sube tú a servirle y espera que te devuelva el vaso.

—Sí.

Poco más tarde, Elena llegaba al primer piso. Slade ya había percibido la presencia en la calle de la escolta traída por John. Los policías continuaban paseando a sus caballos, precisamente debajo de su ventana. El inquilino, que únicamente tenía encendida una peque-

ña lámpara, dejó caer la cortina y se refugió en un rincón, ocultando su cara entre las palmas de sus manos. Se había renovado su aspecto de fiera acosada y sus ruidosos bufidos.

—Adelante — contestó a la llamada de Elena—. Hay mucho movimiento en la calle.

—Están esperando a Kitty; se marcha dentro de unos momentos.

Elena intentó horadar la oscuridad que disfrazaba el rostro de su inquilino, el cual dio dos pasos hacia atrás, agitándose con nerviosismo. A fin de ocultar su estado, le mostró un hermoso abrigo de pieles.

—Yo también voy a salir. Esta noche no cenaré en casa. ¿Le gusta mi abrigo?

Elena declaró que era muy bonito y vertió el contenido de una botella en un vaso y luego agitó el refresco con una cucharilla. Slade apuró el líquido hasta la mitad de un solo trago y se detuvo reseplando.

—Si no le molesta espero llevarme el vaso — dijo Elena.

Slade lo agitó del todo y por su propia mano lo colocó en la bandeja, pero impidió que Elena saliera inmediatamente de la habitación. La detuvo y le explicó inocentemente:

—Si me encuentra un poco nervioso esta noche, no le extrañe, señora. Cuando se ha trabajado largo tiempo... con riesgo de la vida, no sabe la satis-

facción que produce pensar que dentro de poco... dentro de poco estará terminada toda la tarea.

—¿Se refiere a su trabajo?

—Sí.

—¿Al terminarlo se marchará?

—Es posible... No lo sé. No lo he decidido todavía.

—Si se marcha me lo dirá.

—Sí, sí. Claro que se lo diré... si puedo — terminó, con una nerviosa carcajada.

John había preparado los ingredientes necesarios para su experimento. Robert limpió unas tenacillas del hogar y con ellas cogió el vaso de la bandeja, entregándoselo a John que lo aceptó con suma delicadeza.

—¿Lo cogió con la mano derecha?

—Sí — contestó Elena.

—¿Usted no lo habrá tocado? — insistió el inspector.

—No, señor.

John espolvoreó el vaso con grafito y luego soplo suavemente, dejando sólo en la superficie las partículas adheridas a las huellas dejadas por Slade. Comparó éstas con las de la fotografía y repitió:

—¿Seguro lo cogió con la mano derecha?

—Desde luego.

Le indicó que diera la vuelta al vaso y repitió la operación descrita en otro sentido. Examinó minuciosamente con la lupa la imagen que había he-

cho resaltar y, por último, depositó el vaso y se guardó la lupa y la fotografía.

—Buena, no se preocupen más por ese caballero. Las huellas no coinciden.

—¿Entonces no es el criminal? — suspiró Elena.

—No, no puede ser.

—John, ¿por qué ha de ser la mano derecha? — quiso saber Robert.

—Porque esta huella no pudo ser hecha por la mano izquierda del Destripador.

—No pudo, ¿eh?

—No, a menos que todos los detectives estén equivocados — pero agregó con vacilación—. Claro que no es imposible.

Oyeron a Kitty que preguntaba a Daisy por su familia y Elena les avisó la presencia de su sobrina. John continuaba abstraído como desde que la insistencia de Robert le había hecho meditar. Los tres conspiradores se encaminaron al hall, mientras el inspector suplicaba:

—Tengo que pensar en esto. ¿Quiéren adelantarse con Kitty? Yo iré luego. Si no le molesta espere unos minutos.

Esa última se refería a Robert, que aceptó el ruego encantado. Kitty, más deslumbrante que nunca, sonrió a John, que de pronto olvidó todas sus preocupaciones.

—Mis hombres al verla reconocerán que merecía la pena esperar.

Mientras ambos jóvenes se entregaban a un intercambio de expresivas miradas, Elena comunicó a Daisy que Slade no cenaría en la casa y que por consiguiente podía ir al teatro; más tarde regresaría en el coche. La criada se fué a arreglar muy contenta y John abrió la puerta a las dos señoras.

—Salgan ustedes. Iremos inmediatamente.

—¡Ah! ¿No vienen con nosotros?— se decepcionó Kitty.

—John y yo tenemos que hablar de un asunto importante — dijo Robert.

—No sabe cuánto la siento, pero iremos dentro de un momento. Están esperando.

Kitty, de muy mala gana, subió al coche. El oficial de la patrulla montada gritó una seca orden y los policías montaron a caballo, volviendo a colocarse como cuando llegaron a Montague Street. Y la imponente comitiva arrancó.

Slade había observado esta partida desde su habitación. Púsose rápidamente al abrigo, apagó la luz de la habitación, hizo lo mismo con la del pasillo y fué hacia la escalera...

Mientras tanto, John explicaba a Robert prácticamente la nueva teoría que se le había ocurrido. El joven cogió un cuchillo de la mesa y se colocó delante de su amigo.

—El Destripador emplea el cuchillo de derecha a izquierda del cuello, como si fuese zurdo. Claro que nunca hemos pensado que el Destripador fuese zurdo. Si lo fuera en realidad... Oiga, levántese un momento... En ese caso cogería a sus víctimas así. ¿comprende?

John sujetaba a Robert por las solapas, se puso detrás de él, trazando con su arma una línea que iba desde la clavícula izquierda a la derecha y agregó:

—Y la cuchillada arrancaría de aquí, de este lado. Ahora, vuélvase. Si ese hombre atacase a sus víctimas de frente, en vez de por la espalda, tendría que utilizar la mano derecha para producir ese corte y las huellas que he encontrado serían de la mano izquierda.

—¡Quiet!—exhaló Robert.

Las sigilosas pisadas del inquilino se oían en la escalera. Slade extinguió la luz del vestíbulo y escuchó unos momentos. Se encaminó a la parte trasera de la casa y salvó la escalera que conducía a la cocina. Daisy echaba la llave de su habitación, ya compuesta para ir a la calle, y casi tropezó con él.

El inesperado encuentro la afectó visiblemente. La candela que llevaba en la mano osciló, amenazando apagarse. Acercó la lucecilla al inquilino, que parecía de mármol, arrancando duros contrastes a su macizo rostro.

—¿Va usted a salir, señor?— tartamudeó la criada—. Podía haber salido

por la puerta principal, en lugar de venir por aquí. Le alumbraré, señor.

Slade la detuvo con un gesto.

—¿Usted también va al teatro, Daisy?

—Sí, señor. Voy a tomar el autobús.

—Daisy..., quiero que acepte esto. Ha sido usted muy buena, me ha cuidado mucho.

Escogió entre varias monedas sacadas de su bolsillo y le regaló una de oro. Daisy no podía dar crédito a lo que veía y todos sus temores fueron barridos por el agradecimiento.

—¡Ah, gracias, señor!... Agradecidísima.

El inquilino no respondió y se hundió en la noche, atravesando la puerta trasera. Daisy apagó la luz y llegó al vestíbulo. Estaba encendiendo el mechero de tal lugar, cuando la puerta del salón dio paso a dos buhías. La criada lanzó un grito de espanto, pero se calmó al reconocer a Robert y a John.

—¡Ah, es usted, señor!

Robert la aplacó con un ademán brusco y otó ascualeras arriba.

—¿Se fué el señor Slade?

—Sí, señor. Saló por la puerta de servicio.

—Está bien. Puedes marcharte. Yo cerraré.

—Gracias, señor. Buenas noches.

El inquilino, para alcanzar la parada del ómnibus, tenía que doblar la esquina. Al ver salir a Daisy de la casa, se comportó de una manera rara. Se pagó contra la pared de ladrillo, ocullándose merced a un saliente. Daisy no advirtió su presencia, a pesar de que resaltaba bastante sobre la superficie lisa, porque la espesa niebla y las espantadas ojeadas que enviaba hacia atrás se lo impidieron. Rozó el corpa-chón de Slade y pisó el húmedo asfalto de la calzada, entrando en Montague Square.

Tuvo que apresurarse, porque el ómnibus estaba a punto de arrancar. Percibióla el cobrador y sacudió la campanilla. Daisy, al estar entre la gente, había recobrado su natural y se metió entre los asientos, preguntando:

—Va a Whitechapple, ¿verdad?

—Sí, señorita, atraviesa todo Whitechapple.

Slade siguió emboscado en la sombra hasta que el ómnibus se puso en movimiento. Observó su partida, se encogió de hombros y echó a andar...

Robert y John, mientras tanto, no habían perdido el tiempo. Aguardaron unos segundos hasta que la casa recobró el aspecto silencioso que caracteriza a las edificaciones desiertas. Luego, John cogió el quinqué y ascendieron al primer piso. Sin escrúpulos de ninguna clase, irrumpieron en la habitación de Slade y John dejó el quinqué sobre la mesa.

Ayudado por la lupa recorrió varios objetos con resultado nulo. Por fin, se fijó en la pulida encuadernación de la Biblia, que Slade había dejado abierta. La cerró, arregló el quinqué de manera conveniente y espolvoreó la encuadernación con grafito.

—¿Qué es esto?—exclamó.

—¿Ha encontrado algo?

La lupa estaba asustada sobre una enorme huella dactilar, bastante semejante, como averiguó tras de una somera comparación con la fotografiada, a la del criminal. Sin embargo, los relieves de la encuadernación no hacían fácil el reconocimiento, pues el grafito se apilataba en ellos y destacaba la huella de una suerte muy confusa.

John abandonó el libro muy contrariado.

—No puedo estar seguro. Estos polvos son tan espesos que no puedo ver los surcos y sus características con claridad. Es preciso encontrar huellas de su mano izquierda. Si hubiera por aquí alguna otra cosa...

Descorrió las cortinas y contempló la calle. Poco a poco fué pasando revista a todos los objetos de la estancia. Últimamente, se detuvo delante de la consola y lanzó un suspiro de satisfacción, que atrajo a Robert a su lado.

—Quizá ahí encuentre algo.

Estiró de los cajones uno tras otro.

—Cerrados, naturalmente.

Se arrojó para sacar el último, que cedió. En el fondo del cajón reposaba un objeto cuadrado, que aproximó a la claridad del quinqué. Era la miniatura del hermano de Slade.

—Sí. Esta es la miniatura de que me habló Elena. Obra de su hermano —dijo Robert.

El hermoso rostro del hermano de Slade parecía reprocharles su atrevimiento. John, que no tuvo esta impre-

sión, cosa que no sucedía a Robert, la estudiaba con atención que multiplicaba las arrugas de su frente. Sacudió la cabeza, ya convencido, y dijo a su amigo:

—He visto una miniatura igual o parecida. Creo que tenemos un indicio. Vámonos.

Tomaron el quinqué de sobre la mesa y se encaminaron con ligereza hacia la salida. Al pararse John, Robert hizo lo mismo, muy intrigado por aquel indicio que había proclamado John y que le hubiera gustado conocer. El joven le rogó:

—¿No le importa ir solo a Whitechapel?

—¿Por qué?

—Quiero pasar por la Jefatura. Iré lo antes posible. Y cuando llegue al teatro, no me separe de Kitty.

Mientras que, como un buen soldado, Robert se preparaba a cumplir las prudentes órdenes del inspector, muy sobresaltado por la última parte de ella, el teatro de Whitechapel se iba llenando de una numerosa y distinguida concurrencia, escuadrillada por varias decenas de ojos agudos e inquisitivos, pertenecientes a policías de uniforme y de paisano.

Claramente, Scotland Yard no había escatimado sus fuerzas. Los guardias que habían acompañado a Kitty y otros formaban una hilera impecable. En el interior del teatro, los policías de

uniforme no eran menos cuantiosos y estaban a las órdenes de un superintendente destacado allí adrede.

John abordó a su superior y, de buenas a primeras, le comunicó su hallazgo, que exhibió sin la menor vacilación.

—Encontré esta miniatura en su habitación, superintendente... Es de su hermano. ¿Recuerda el primer crimen del Destripador?

—Liggie Turner, en agosto — contestó el superintendente con prontitud.

—Tenía un novio — insistió John.

—Sí... Uno que murió alcoholizado, me parece.

—Después del crimen encontré esto en la habitación de esa mujer.

Exhibió otra miniatura, pintada por la misma mano, y la colocó al lado de la enseñada con anterioridad. Eran ambas autorretrato del hermano de Slade. Pero, ¿qué diferencia?... El hombre no parecía el mismo; cuanto había sido belleza se había tornado en fealdad, en corrupción, en brutalidad; únicamente sus ojos eran los mismos, bajo unas cejas contorsionadas. Así y todo, no cabía la menor duda de que eran las dos miniaturas de una única persona.

—Es el hermano de Slade. He ido a buscarlo a nuestro Museo antes de venir aquí. Así es como era ese hombre — éste es el mismo, también autorretrato. Sólo que ya estaba degenerado, hundido por Liggie y su pandilla. Sla-

de asesinó a Liggie porque arruinó a su hermano.

—Pero esto no prueba que Slade sea Jack el Destripador — objetó su jefe.

—Ya lo sé, pero es suficiente para nosotros. Slade es peligroso. Obra convencido de que hace un bien eliminan-

do a mujeres como la que perdió a su hermano. Y apostaría algo a que está en el teatro ahora mismo.

El superintendente tendió a un oficial de policía de uniforme la miniatura. Poco después, un hombre le murmuró unas palabras al oído.

CAPITULO VI

EL RIO LIMPIA

—¿Ha visto usted alguna parecido? —dijo el superintendente, alzando la voz—. El inspector Warwick irá a identificarle.

El policía guió a John, el cual, transcurridos unos minutos, volvió junto a su superior. Sus pesquisas no habían tenido éxito. Slade no estaba en el teatro. La orquesta empezaba a preludiar y de un momento a otro el telón iba a ser alzado.

—Está en el teatro, no me cabe duda — afirmó John.

—Bueno, vaya usted y mucho cuidado — le recomendó el superintendente—. Vuelva con lo que haya. Vámonos de aquí.

El auxiliar de paisano, a quien iban dirigidas estas palabras, se cuadró:

—Sí, señor.

La representación había empezado. Kitty interpretaba una alegre canción, inconsciente de la vigilancia de que era objeto y de la enmudecida representación de la policía en el local. Triunfaba el poderío de su juventud, de su belleza

y de su arte. La gente la aplaudió, cuando rogó que cantaran el estribillo de la canción.

Slade había llegado mucho antes de que la función empezase. Era un arcano cómo había logrado sentarse entre los espectadores sin ser visto. Finalizaba la canción de Kitty. Hubo unos aplausos nutridísimos. Slade, al igual de muchos caballeros que se encaminaban al pasillo para fumar, se levantó y brevemente pasó inadvertido este movimiento suyo.

La agitación de John, que había estado unos momentos en el escenario, creció a medida que fué recorriendo y tomando información a los agentes vestidos de paisanos que cubrían toda la sala.

—No está ese hombre, señor — asintió uno.

—No hay ninguno en la sala de las señas que me ha dado, señor — confirmó otro.

—No le encontramos, señor — añadió un tercero.

Noticias desalentadoras que John comunicó al superintendente, queriendo justificar su nerviosismo:

—Ha sido una falsa alarma. ¿Ha habido alguna novedad?

—No — contestó el superintendente.

El otro número de Kitty concluyó. John se impacientó al notar lo.

—Entonces vuelve al escenario, su número está acabando.

Kitty hizo un hábil giro, se destacó de las coristas y se inclinó ante el público que voceaba su nombre estupearado. Robert, Daisy y otras personas la aplaudían entre fastidiosos, cuando John intentó fraguarse camino entre ellos. El telón subió y bajó repetidas veces, sin que el público se cansara de vitorearla.

—Otra vez, miss Langley — dijo el director.

La joven apareció de nuevo en el escenario e hizo un postrera reverencia. El telón fue bajado definitivamente. Sus admiradores trumpearon en el tablado y la envolvieron con el anillo de sus cuerpos.

—¡Magnífico, miss Langley, magnífico! — aprobó el director.

—Es usted una maravilla! — exclamó un admirador.

La cabeza de John, merced a su elevada estatura, dominó a los demás y Kitty fué hasta él cogiéndose de su brazo y exclamando, con visible placer:

—¡Ah, ahí está John!

Robert, que no se había alejado de ella más de lo imprescindible, sacrotó su faz y adivinó la precaución debajo de su forzada alegría.

—¡Hola, John!

El joven cambió una seña con él y luego miró a Kitty, que no se había percatado de nada.

—Siento haber llegado tarde.

—¡Ah, no importa! Me voy a cambiar para ver el resto del programa. ¿Quiere usted esperarse?

En tanto que Kitty cerraba la puerta de su camarín, John y Robert subieron a una escalerilla y se pararon en un rellano con barandilla, que servía de descansillo a una pasarela empleada por los tramoyistas para colocar los decorados.

Kitty se quitó el boa y lo tiró sobre el tocador, ante el cual se detuvo un momento arreglándose el peinado...

Una mano gigantesca salió de detrás del biombo y cerró silenciosamente la puerta, echando el pestillo!

A continuación surgió Slade. Parte de su silueta se reflejó en el espejo y Kitty giró hacia él como si le hubiera picado una víbora. Slade, aun cuando no avanzara más por el camarín, parecía la encarnación de la amenaza. Bastaba su aspecto para helar la sangre. Como en medio de una espesa neblina, que originaba la rapidez de sus pensamientos y lo encontrado de sus sensaciones, Kitty pudo fijarse que te-

nía la boca torcida e hinchadas las venas del cuello y de las sienes.

Y fué el inquilino el que trunció el embarazoso silencio.

—Le prometí venir si me era posible—dijo.

—Venga con los otros a acompañarme.

La suavidad de la proposición de Kitty casi le pilló de sorpresa. Kitty tenía ya la mano colocada en el pomo de la puerta, cuando Slade la sujetó. Si no hubieran bastado todas sus aprensiones para indicarle qué era lo que le aguardaba de parte de Slade, esta sencilla y repentina acción suya acabó de desengañarla.

¡Porque ya no dudaba que Slade, el inquilino, era Jack, el Descripador, un maniático, decidido, por un motivo ignorado, a poner fin a su vida!

Kitty tomó el partido de obrar y hablar con él como si no supiera sus intenciones, de tratarle con dulzura y cariño. Quizá de esta manera lograría vencer el espíritu del Mal que en él alentaba.

—Yo no vuelvo a casa — contestó Slade después de las primeras frases—. Me marché muy lejos y voy a llevarla a usted conmigo.

—Pero... voy a ver el resto del espectáculo y... y me tengo que vestir, perdona. ¿Quiere esperar fuera? No me entretengo mucho.

Slade la libertó de su mano y retro-

cedió unos pasos, mirándola con una pasión rayana en el delirio. Las palabras de Kitty resbalaban sobre él y no eran comprendidas.

—Es usted tan hermosa...

—Usted siempre tan atento conmigo.

—Mas hermosa que ninguna mujer en el mundo.

—¿Por qué no se sienta y hablémosle mientras me cambio aquí detrás?

De nuevo Slade la asió para que no se escondiera detrás del biombo porque conocía que allí había una salida. Su voz tronó furiosamente al afirmar:

—Ahora no la perderé. Son las mujeres de su belleza las que llevan a los hombres a la ruina.

—No, estamos perdiendo la revista —sugirió Kitty—. Después de todo... no es necesario que me cambie. Vamos a verla juntos... Me sentaré a su lado. ¿Salimos?

Incluso esta esperanza se derrumbó para ella. Slade estaba enterado del peligro que le esperaba en el escenario y con la astucia del demente esalayó su salida y replicó:

—Sabe que está esperando fuera para matarme.

El sudor comenzó a brotar en la frente de Kitty. Un sudor frío, espantoso, lebril. ¡Pensar que un solo grito atraería a John!... Pero no podía gritar, aquello significaría la muerte. Tenía que conservar la calma; sólo con

sangre fría podría dominar al ser monstruoso que la vigilaba.

Slade había recalcido en su monomanía y exhalaba con voz monótona:

—Usted corrompe y destruye a los hombres como destruyeron a mi hermano. Pero cuando se extirpe el mal que su hermosura encierra, queda solamente la belleza.

—Ya habíamos de esto otra vez. ¿verdad? ¡Las otras que mató, ¡eran hermosas!

Slade omitió esta pregunta. Dió un paso. Otro paso. ¡Otro paso! Sus ojos saltándose de las cuencas, su singular palidez, sus resoplidos, su boca torcida, todo expresaba una decisión incommovible. Slade creíase un instrumento de la Justicia y de la Virtud. Era un fanático presto a destrozar cuanto le estorbaba.

—La he visto esta noche en el escenario. Estaba más bonita que la primera vez que la vi.

—¿Cuándo pensó que yo podía ser... la mujer sin corazón?

—Solomón me previno contra tales mujeres, pero el mal está en usted.

—¡El mal que es preciso extirpar! Pero... pero ¿no es la vida la que da belleza a los seres humanos? — protestó Kitty —. Si la vida desaparece, entonces...

—Se hace más silenciosa — interrumpió Slade —. Así, incluso aumenta la belleza.

Su mano derecha subió, no ya para sujetarla, presto que Kitty era incapaz de moverse, fascinada por la muerte que leía en los hovinos ojos del Destripador, sino para cerrarse en torno de su delicado cuello como un dogal inflexible.

El terror dominó por completo a Kitty. Perdió su sangre fría y suplicó:

—Permaneceré en silencio. Estaré quieta, muy quieta, y le dejaré que me mire, si es eso lo que quiere.

La mano de Slade se cerró un poco más y la respiración de Kitty se hizo rasposa.

—Quiero asegurarme de que me pertenece a mí solo. Te adoro y odio el mal que hay en ti. El amor está muy cercano al odio, ¿no lo sabes? No tengas miedo. No hay ninguna razón para que me temas. Nunca conocí una belleza como la tuya. Ni tanto mal en tal belleza. Los hombres no volverán a mirarte como en esta noche.

Contrariando a la suavidad con que lo decía, su diestra se había cerrado con vigor creciente a medida que peroraba. La sangre se acumuló en las sienes de Kitty; el rostro enrojeció, adquiriendo más y más un tinte más oscuro, una nube empezó a velar lentamente sus ojos...

Y fué únicamente la desesperada lucha del cuerpo por supervivir, el último hábito de energía del ser humano, el que brotó por la boca de Kitty en

un chillido agudísimo, que traspasó las paredes y llegó a John, como una suprema demanda a su amor y a su valentía:

—¡John! ¡John! ¡John! ¡El señor Slade está aquí! ¡John, John! ¡Socorro, socorro!

John saltó con la flexibilidad de un tigre al escenario, mientras Robert no le iba a la zaga. Se precipitaron hacia el camarín y golpearon la hoja de madera con el puño, llamando a Kitty. Los tramoyistas, los empleados, actores y actrices, se agolparon ante el lugar en donde Kitty solicitaba auxilio. En cuanto llegaron los policías más próximos, los inoportunos se dispersaron como una bandada de gorriones delante de un campesino.

Los golpes propinados por John arrastraron. Slade rugió, sus ojos se revelaron en todas las direcciones, en busca de un escape, y saltó a Kitty, que se apoyó tambaleándose en la pared.

John, comprendiendo que la puerta no cedía porque estaba cerrada por dentro, se separó algo de ella, y su vigoroso hombre percutió repetidas veces contra la madera hasta que ésta, con un crujido, desprendió sus goznes y quedó pendiendo del pestillo como un trozo de ropa puesto a secar.

Entretanto Robert tomaba en sus brazos a la aturrida joven y la asistía como su buena voluntad lo daba a entender; el reducido cuarto se llenó de po-

licías, encabezados por John. Slade, que de un manotazo había separado el biombo como si fuera una paja, cerraba la puerta excusada. John levantó su revólver e hizo fuego. Slade exhaló un aullido de dolor, pareció que iba a caer, con las manos pegadas a la cara, pero con un esfuerzo definitivo, echó la llave a la salida y huyó.

Varias personas, Daisy entre ellas, se hicieron cargo de Kitty. John y sus auxiliares no malgastaron el tiempo. El superintendente se les había unido con nuevos hombres y recorrieron los lugares por donde Slade tenía que haber pasado forzosamente, y así salieron al escenario, sacudiendo las decoraciones y registrando pulgada tras pulgada de terreno.

Como quiera que el alboroto no había trascendido a los espectadores, considérese la sorpresa de éstos al ver que la policía, capitaneada por un joven que empuñaba un arma de fuego, lavaba las tablas. El telón fué bajado inmediatamente, y el payaso que estaba trabajando se dio a la fuga. El pánico cundió. Las mujeres, avisadas por una boca anónima de la presencia del Destripador en el teatro, se levantaron y corrieron despavoridas a la calle, despreciando las voces de calma de sus caballeros y de los agentes.

El superintendente, comprendiendo la oportunidad que la alarma prestaba al asesino de escapar incólume y con-

fundido con la muchedumbre, contruvo a los fugitivos con una barrera de guardias. Las pesquisas prosiguieron.

A pesar de la minuciosidad de sus enemigos, Slade salió de entre los decorados y se pegó a un rincón. La policía abrió una puerta y lo ocultó de su vista impensadamente. Los agentes que habían registrado la parte alta del teatro, fueron a dar el parte al superintendente y a John, que intentaban consolar a Kitty de su suceso. Robert insistía en llevar a la joven a su casa. Kitty había sido vestida en un abito y cerrar de ojos y apenas podía andar.

—Dicen que el Destripador está en el teatro — balbució Dalay —; la gente está como loca.

—¡De prisa, vamos de aquí! — ordenaba Robert.

Pero John le cerró el paso y acarició con los ojos a Kitty, que le contemplaba con una esperanza suprema.

—No pueden salir de aquí — afirmó el inspector.

—¿Qué hacemos, John? — se desazonó Robert.

—Mejor es que siga aquí. Prefiero no perderla de vista — declaró el joven.

Bates y otros policías llegaron de la calle y se cuadraron ante el superintendente, que frunció el ceño al leer en el rostro de Bates la confirmación de que el Destripador había sido más listo que ellos.

—Se ha escapado, señor — comunicó el detective.

—Es posible que aun esté en el teatro — objetó el superintendente —. Bates, trae varios hombres. Registra estas galerías. John, encárguese de la parte de atrás.

—Está bien — respondió el inspector.

Slade no se había escapado, como aseguraba Bates. Estaba a pocos metros de distancia de ellos. Con un resaca de energía, cubría los escalones de una pasarela que dominaba el escenario. La herida de la cara, el golpe del proyectil, con la consiguiente pérdida de sangre, y su espantosa afluencia espiritual, no le habían vencido. Su energía subsistía, aquella energía fatídica que le empeñaba a poner fin a la existencia de Kitty, costara lo que costase.

No obstante, desfallecía visiblemente. Estaba mareado por el pánico y el dolor. Cada escalón suponía para él un esfuerzo agotante. En cuanto llegó a la pasarela, sus manos apretaron la barandilla en un vano deseo de permanecer en pie, y cayó de rodillas, aplicando la frente contra el frío metal.

De pronto, se le antojó que el mundo sucumbía. Kitty, rodeada de sus tíos y de algunos policías, era conducida a un diván, sobre el que se desplomó mareada... ¡a un diván que precisamente estaba debajo de la pasarela!

■ Con inlinita curiosidad estudió el be-

lo rostro de Kitty y los ademanes de los que la cuidaban. No podía entender lo que hablaban, porque su cabeza zumbaba como un motor eléctrico. Los guardias se apartaron de Kitty, luego lo hizo Robert. Sólo quedaba Elena a su lado. Inspeccionó Slade los contornos. Estaba sola, nadie le había descubierto.

¡Aniquilarla, aniquilarla, aniquilarla!

Reparó en el lastre del telón. Eran unos sacos de arena, alargados y muy pesados. Precisamente uno de ellos pendía directamente sobre Kitty. Pero necesitaba más. Se cayó dos veces y tuvo que reposar unos minutos antes de lograr arrastrar a tres sacos más al sitio idóneo para su criminal propósito. Sentía un miedo infinito de que su presa se le escapase.

Miró hacia abajo. Elena besó a Kitty y la abandonó. Aquel era el momento. Slade levantó en vilo el lastre y lo ató, formando un racimo a la cuerda suspendida sobre Kitty. Volvió a estudiar a la joven. Daisy estaba ahora con ella...

El largo cuchillo de Slade relució y chocó contra la gruesa cuerda. Instintivamente Daisy alzó la cabeza hacia la pasarela y lanzó un chillido agudo y prolongado. Todos escrutaron la pasarela...

Los sacos chocaron contra el diván, destruyéndolo. Pero Slade había erra-

do el golpe, puesto que Daisy, veloz como el pensamiento, tiró de su señora y la alejó de la trayectoria de los sacos.

John corrió hacia la escalera de la pasarela, por donde descendía Slade con el cuchillo asido siniestramente. Apretó el joven dos veces el gatillo de su revólver y los dos disparos fueron acusados por el Destripador. No obstante, prosiguió en pie. John se lanzó escaleras arriba, seguido por Bates, el superintendente, varios policías y algunos tranviistas.

Slade entendió que estaba perdido, ya que le cerraban el paso. John corría hacia él con el revólver amartillado. Slade le esperó con el cuchillo empunfado, aunque, casado ambos hombres estuvieran cercanos, el inquilino retrocedió, pegándose a un gran ventanal que había en aquel rincón del ático.

—Acabe con él, señor — suplicó a John un tramoyista.

—Le quiero vivo! —ordenó el superintendente.

—Sé cómo hay que manejarle — les tranquilizó John.

—¡Cuidado con el cuchillo! — avisó Bates.

—Le hará a usted pedazos—gimió un policía.

Los defensores de la Ley echaron tras John, que se adelantaba en dirección del asesino. Uno de ellos se quitó la capa y se la arrolló al brazo. Cuando

estuvieran a la distancia oportuna la arrojaría sobre el cuchillo e inutilizaría sus efectos.

John y sus hombres progresaban insensiblemente, hipnotizando a Slade. Este estaba junto a la ventana, como una tremenda araña asechando a su presa. El silencio era angustioso. Los ojos de Slade, inmensos, terribles, se concentraban sobre la línea de hombres que se reían de la muerte y de él. El cuchillo de su mano se agitaba. Su puño era firme como una roca.

Un metro menos. Un metro menos. ¡Un metro menos! Un paso más y John le atacaría, confiando en la superioridad numérica para reducir al demente, que estaba inmóvil, jadeando, despeinado, aperebido...

De pronto, con un salto postrezo, Slade chocó contra el maderaje de la ventana. Su pesado cuerpo, como disparado por una honda, hizo añicos los cristales y salvó la altura fantástica que le separaba del Támesis, en cuyas aguas se hundió, después de un desesperante chapoteo.

Los pólizas se inclinaron sobre el río.

Nada.

Robert, Elena y los dos felices jóvenes, bajaron la escalera del muelle y contemplaron el silencioso discurrir de las oscuras aguas del Támesis.

—Debió llevarle la corriente río abajo — supuso John.

—Decía que su profundidad era tranquila... llena de paz — rememoró Kitty —. En él terminó... era su destino.

—El río limpia la ciudad — afirmó John, cogiendo la mano de Kitty.

—Conduces las cosas al mar y allí se hunde, en su profundidad — dijo ella.

—Si era el criminal... me alegro — concluyó Elena.

En algún paraje lejano, la negra capa de Slade afloró un momento de la corriente, y su cuerpo, luego, se perdió en el azul y puro océano, tan inabarcable como el amor que el asesino, inconscientemente, había encendido en dos almas jóvenes y sanas.

FIN

NUEVA COLECCION DE GRAN EXITO

PELICULA GRAFICA

TITULOS PUBLICADOS

1. El signo del Zorro, por Tyro-ne Power.
2. El libro de la selva, por Sabú
3. ¡Qué verde era mi valle! por Walter Pidgeon.
4. El hijo de Montecristo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
5. El capitán Cautela, por Vic-tor Mature, Bruce Cabbott y Leo Carrillo.
6. Estudiantes en Oxford, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
7. Cumbres borrascosas, por Lawrence Olivier, Merle Oberon y David Niven.
8. La jungla en armas, por Gary Cooper y David Niven.
9. El ladrón de Bagdad, por Sabú
10. Marineros a la fuerza, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
11. Esmeralda, la zingara, por Charles Laughton y Maureen O'Hara.
12. Tarzán y la Diosa, por Her-man Brix.
13. La culmera del oro, por Char-lot.
14. Hace un millón de años, por V. Mature, Carole Landis, Lon Chaney, Jr.
15. El alegre bandolero, por Nino Martini, Ida Lupino, Leo Car-rillo.
16. Texas, por William Holden, Claire Trevor.
17. El hijo de la furia, por Tyro-ne Power, Gene Tierney, etc.
18. La tía de Carlos, por Jack Benny, Kay Francis, James Ellison, etc.
19. Sendas sinlestras, por Ran-dolph Scott, Kay Francis, Brian Donlevy, etc.
20. ¡Qué par de locos!, por Stan Laurel y Oliver Hardy.
21. Guadalcanal, por Preston Foster y Lloyd Nolan.
22. Jack, el destripador, por Mer-le Oberon, George Sanders y Laird Cregar.

¡Inmejorable presentación! ¡Numerosas fotografías!

PRECIO: 1 PTA.

Titulos varios en existencia

REIN "TRIUNFO"

PRECIO: 200 PTAS.

Barrios de Nueva York, por Jackie Cooper y Martin Selman.
Amor inmortal, por Lillian Harvey y Louis Jouvet.
El conchito y la dama, por Roalba Moreno.
Redención, por Walter Baxter y Wallace Beery.
Cuando me siento sola, *Noche de estreno* y *Cuatro revoluciones* (Serie Trial).
El secreto de Chen, *Charlie Chen en la plaza*, *Charlie Chen en la Opera* (Serie Trial).
Walter Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: 230 PTAS.

Bajo dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
El panchito, por Valpita y Lucien Baroux.
Casas de odio, por Marie Hel, Harry Bent y Helmut.
Doctor intimo, por George Sanders y M. MacGraw.
Corazón de sol, por Jean Withers.
La ruta traída, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, Edwige Fenech.
En nombre de los periódicos, por Margaret Lockwood, Barry Barrow.
Adorable locura, por Judy Canales.
Res que hacen amor, por Annabella y Henry Fonda.
Una entre un millón, por Sonja Henie y Don Ameche.
Canto de gloria, por Libertad Lamarque.
El caballo del amor, por Glen Cervi y Lina Barba.
La ley sagrada, por Micheline Presle y Marcelle Chantal.
Vuelto al amor, por Celia Brusch y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugué del Ceril.
Por otro mundo, por Barbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Los en los tinieblas, por Alida Valli y Fosco Giachetti.
Malicias eternas, por Otto Crel y Conchita Montenegro.
Misterio de una noche, por Sabina Glum y Santiago Acuña.
Lydia, por Marie Charron.
Chicago, por Tyrone Power y Alice Faye.
Renacer la ilusión, por Emma Gramatica y Lea Pola.
El joven Edmundo, por Mickey Rooney.
Argel, por Charles Boyer y Hedy Lamarr.
El explorador perdido, por Spencer Tracy.
El mundo está loco, por Myrna Loy y William Powell.
Edo se vive una vez, por Henri Fonda y Sylvia Sydney.
El león sagrado, por Cecilia Lombard y James Stewart.
El orgullo de los jengibre, por Gary Cooper.
El castillo de las maravillas, por Boris Karloff.
Bala Lugosi y Peter Lorre.
Mala de fuego, por Gary Cooper y Barbara Stanwyck.
Vivieron las Norias, por Tyrone Power, Myrna Loy y George Brent.
Ella y su secretaria, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.

Una gran señora, por Barbara Stanwyck y Joel McCrea.

El rey de las maras, por Franchot Tone.
Esposa, doctor y enfermera, por Loretta Young.
Walter Baxter y Virginia Bruce.
Buenos, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
El signo del acero, por Tyrone Power.
Tu vida en el mar, por E. Haine y Josh Payne.
El primer amor, por Leslie Howard.
Al lado de Andalucía, por Angelina.
El hijo de Montecristo, por Louis Hayward.
Juan Bonaventura y George Sanders.
¡Qué verde era el valle!, por Walter Pidgeon.
El hijo del gangster, por Jackie Cooper.
La jungla en armas, por Gary Cooper.
Cuando amaneció, por M. O'Brien y Laurence Olivier.
El capitán Coruña, por Victor Mature.
Eternamente tuya, por David Niven y Loretta Young.
Enchinos la Singara, por Charles Laughton.
El algar bandolero, por Mino Martinelli, Lupino.
Torero y la dama, por Herman Bing.
Hace un millón de años, por Victor Mature y Cecilia Landis.
El hijo de la India, por Tyrone Power, Gene Tierney y George Sanders.
La vida de Carlos, por Jack Benny.
Bandas delirantes, por Randolph Scott, Kay Francis.
Texas, por W. Holden, Greta Garbo.
Un hombre travestido, por Melvyn Douglas, Jean Hersholt.
Señoras de Nueva York, por Loretta Young.
El hombre que vendió su alma, por Simon Simon y Lina Barba.
Gondoleros, por Preston Foster.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.
Lo que piensan las mujeres, por Marie O'Brien y Melvyn Douglas.

REIN "PRODUCCION REPASOLA"

La hermana San Sulpicio, por Imperio Argentina.
La vida de Juan Simón, por Angelina Pitas.
Meñor y Carmen Amaya.
La Dama, por Conchita Piquer.
Santa Rita, por Rafael Rivillas, Juan de Landa y Mimi Mañé.
El 1300, por Joaquina Herrán y Rafael Durán.
Polaco a bordo, por Lina Yegros.
Esmeralda, por Alfredo Mayo.
Se hicieron 2, por Antonio Vico y Enrique Guitart.
Texas, por Imperio Argentina.
Sorcerer, por Alfredo Mayo.
Pimantilla, por Joaquina Herrán y Rafael Durán.
La duquesa de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.
¡Qué casa de mujer!, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.
Los millones de Polichinela, por María Santolalla.
Manuel Lina y Luis Peña.
Polichinela, por Estrellita Castro.
En Escarlatina el Maximalismo, por María José Simó, Luis Prendes y Michel.
Legión de héroes, por Emilio Randoval, Matilde Nacher y María Alba.
Porque te vi besar, por Pastora Peña y Luis Peña.
Flore y Marinos, por Blanca de Siles y Pastora Peña.

en la arena, por Ana Marias y Enrique Guitart.
 Siempre muero, por Ana Marias y Enrique Guitart.
 Se le perdió un cadáver, por Roberto Font.
 La vida está aquí, por Justa Heredia y Juanas Merca.
 Mi vida en tus manos, por Isabel de Pando y Julio Peña.
 Deliciosamente comen, por Amparito Rivas y Alberto Mayo.
 Un estúpido llamado, por Amparito Rivas y Alberto Mayo.
 Coprosena, por Lucky Seto y Carlos Muñoz.

El hombre de los milanes, por Freya de Ad Arde.
 Archivos de la arena, por Alfredo Mayo y Elycia Morgan.
 El camino del amor, por Alicia Sumar y Joaquín Quintero.
 Con las alas del alma, por Matilde Viñes y F. Fernández de Cárdena y Manuel Luna.
 Ella, él y sus milanes, por Justa Heredia y Rafael Durán.
 Macarena, por Juanita Reina y Miguel Ligeró.
 El fantasma y Buda Juana, por Antonio Casas y Mary Delgado.

TITULOS EN EXISTENCIA:

Cancionero Regional, 250 canciones regionales de gran éxito. 16 fotografías.
 Cancionero al día, 100 canciones modernas. 32 fotografías y biografías.
 Cancionero de hoy, 120 canciones y 33 fotografías y biografías.
 Cancionero de los éxitos, 150 canciones de gran éxito. Jazz-Hot, Argentinas, Mexicanas, Cubanas, «Yoigo», «La Centineta del Pulgarcito».
 Cancionero del momento, 128 canciones de Jazz, Hot y Melodías, 25 fotos exclusivas.
 Cancionero Flamenco, Repertorio, autores e intérpretes del día. 34 fotografías.
 Cancionero «Penas y Alegrías», La canción más linda de Juanito Valderrama.
 Cancionero de las Triunfos Regionales, Los éxitos del día.
 Cancionero Joyful, (Repertorio Alady-Lepo).
 Cancionero «Gacetas María», Sus triunfos éxitos.

Precio: 2'50 ptes.

Cancionero Roberto Font, Las canciones más lindas de este gran artista. Biografía. Anécdotas. Sus mejores chistes. Fotos exclusivas.

Precio: 3'00 ptes.

Emociones cinematográficas de un figurante (la vida de los «extrínsecos» en los estudios; alegrías y sinsabores de los «extrínsecos»; los secretos del cine). 3'00 ptes.

Ráfagas de humor, por Fidelio Trimalción, 5'00 ptes. (Lectura hilariante. Optimista. Agradable).

Recetas de Prueba, por Antonio Losada, 2'50 ptes. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco Martín Sistiaga.

Precio: 1'30 ptes.

ORTEGA, MANOLETE y ARBUZA, por Juan Lara, Reminiscencias fotográficas. — 2 ptes.

EXITO

Sin precedentes

Cancionero

"EXITOS DEL DIA"

200 canciones del momento

Numerosas fotografias

Precio 2'50

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10, bis

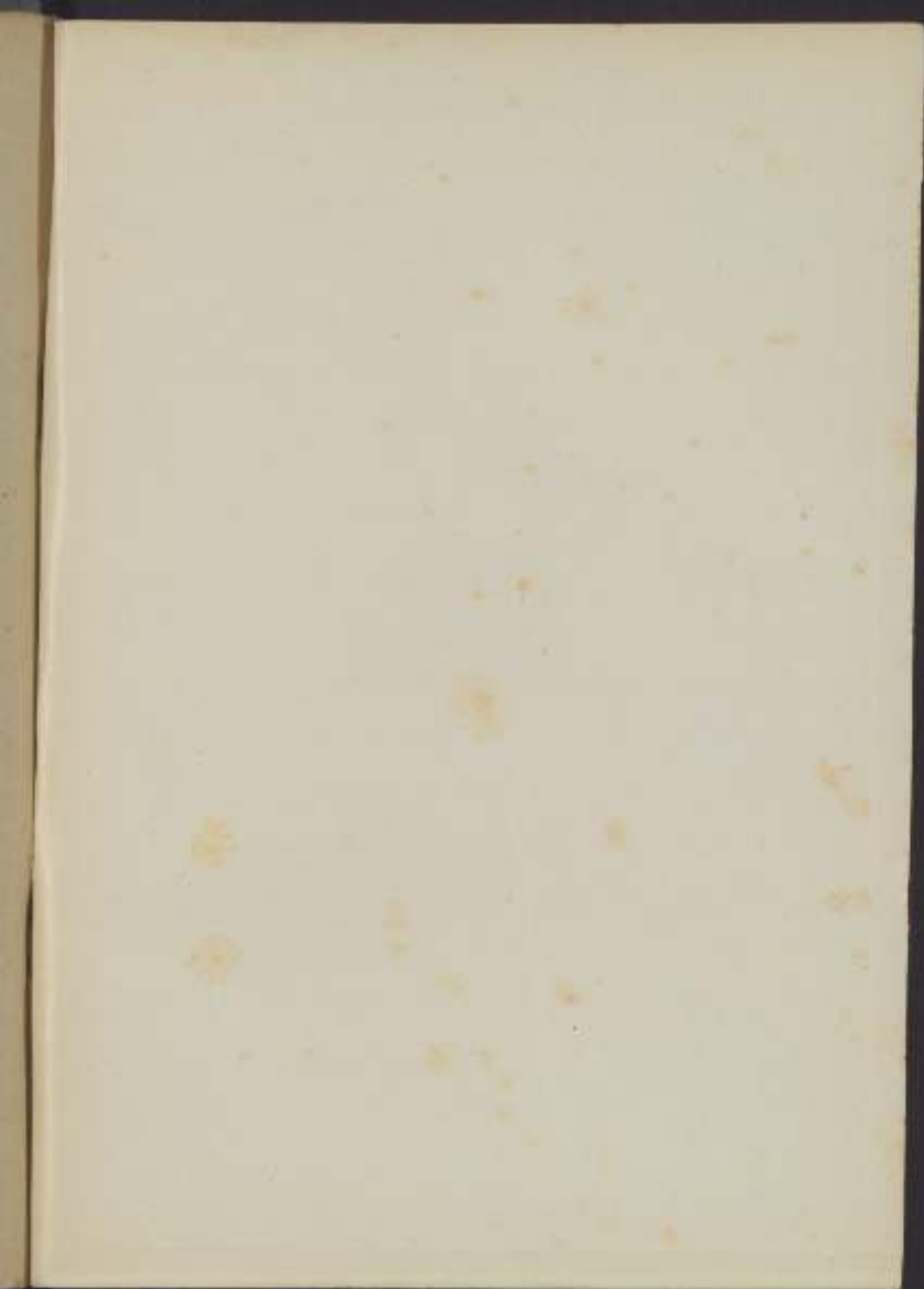
BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





Cubierta: Imp. M. PELICER

Mantener, 111-Teléfono 70132

6